

EJERCICIOS ESPIRITUALES DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

UNA RELECTURA DEL TEXTO (II)

Josep M. Rambla, sj.
y Seminario de Ejercicios (EIDES)

1. ENTRADA EN EJERCICIOS	3
1. Principio y Fundamento [23]: Construir sobre roca	3
2. Exámenes y confesión general [24-44]: la arena y la roca	17
2. PRIMERA SEMANA	24
1. Todo es gracia	24
2. Los cinco ejercicios	25
3. Aplicaciones y adaptaciones necesarias [72]	37
3. «ADICIONES»	39
1. Para mejor hacer y mejor hallar	39
2. Escrúpulos y mociones	43
NOTAS	45

El comentario que tienes entre manos es la segunda parte de aquel que iniciamos con el cuaderno n. 53. Este comentario recoge resumidamente lo que se elaboró a lo largo de los más de veinte años del Seminario de Ejercicios de los jesuitas de Cataluña. En la primera parte tratamos las Anotaciones [1-20], el Título [21] y el Prosupuesto [22], en esta segunda nos centraremos en el Principio y Fundamento [23], en los Exámenes [24-44], en los Ejercicios de Primera Semana [45-72] y en las Adiciones [73-90]. No enumeramos aquí todos los nombres para no exponernos a cometer alguna omisión, pero es inexcusable agradecer a Javier Melloni y a Francesc Riera la revisión del texto.

Josep M. Rambla, sj. Licenciado en teología. Es autor entre otros de *Dios, la amistad y los pobres. La mística de Egide Van Broeckhoven*, Santander, Sal Terrae, 2007; así como de las ediciones al catalán de los *Ejercicios Espirituales (Exercicis Espirituals)*, Barcelona, ed. Proa, 1990) y de la autobiografía de san Ignacio (*El pelegrí*, Barcelona, ed. Claret, 1991).

Edita CRISTIANISME I JUSTÍCIA • Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona • Tel: 93 317 23 38 • Fax: 93 317 10 94 • info@fespinal.com • Imprime: Edicions Rondas S.L. • ISSN: en trámite • ISBN: 84-9730-270-2 • Depósito Legal: B-20.493-2011 • Julio 2011

La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos proceden de nuestro archivo histórico perteneciente a nuestro fichero de nombre BDGACIJ inscrito con el código 2061280639. Para ejercitar los derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición pueden dirigirse a la calle Roger de Llúria, 13 de Barcelona.

1. ENTRADA EN EJERCICIOS

El Principio y Fundamento (PF) es un elemento esencial en el proceso de los Ejercicios que aparece ya en los primeros intentos o formas más elementales de su práctica. Es la roca sobre la que se construye la experiencia espiritual de todos los Ejercicios. Sin embargo, el redactado definitivo es tardío, posiblemente de la época en que Ignacio residió en el norte de Italia (1536-1539). En los Ejercicios dados a Helyar, de 1534, el texto acomodado más antiguo que se conserva del texto ignaciano, el PF aparece de forma todavía inacabada y dentro de las Anotaciones.

1. PRINCIPIO Y FUNDAMENTO [23]: CONSTRUIR SOBRE ROCA

Como acabamos de decir, la sustancia del PF está tan vinculada al curso de los Ejercicios que, por lo menos de manera embrionaria, debía ya figurar en los primeros ejercicios sencillos propuestos por Ignacio en Alcalá. En efecto, las instrucciones que proponía sobre el Examen, sobre el recto uso de los sentidos y las potencias, sobre la diferencia entre el pecado venial y mortal, etc., figuraban como una manera de iniciarse en “el servicio de Dios”. En el proceso de Alcalá de 2 de ma-

yo de 1527, se dice que Iñigo «mostraba el servicio de Dios», se le pide «que le mostrase el servicio de Dios», instruía sobre las dificultades que sobrevendrían «en entrando en el servicio de Dios», iba instruyendo sobre cómo «iban entrando en el servicio de Dios»¹.

Además, esta vinculación esencial del PF al proceso de los Ejercicios aparece con mayor claridad si se tiene en cuenta que el PF está presente a lo largo de toda la experiencia: Oración preparatoria [46],

en los momentos más decisivos, como el preámbulo de la elección [169] e incluso en la aplicación de los Ejercicios a quienes no los hacen en completo retiro [19]. Por razón de esta importancia los distintos directorios ignacianos suponen que el PF se propone siempre.

[23] PRINCIPIO Y FUNDAMENTO

El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado.

De donde se sigue, que el hombre tanto ha de usar dellas, cuanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse dellas, cuanto para ello le impiden.

Por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohibido; en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados.

1.1. Un texto desnudo

Entre las primeras orientaciones sobre los Ejercicios Espirituales [1-22] y las pautas para los distintos exámenes [24-44], antes de entrar de lleno en las meditaciones de Primera Semana, aparece desnudo el PF, sin orientaciones sobre su finalidad y la manera de ejercitarlo. Las abundantes indicaciones que sobre el modo de propo-

nerlo y realizarlo se ofrecen en los directorios ignacianos o de inspiración ignaciana directa suplen en parte esta desnudez del texto.

Sin embargo, el mismo título parece indicar ya su finalidad: es un “principio” del cual derivan una serie de verdades esenciales para la concepción de la vida humana. Es “fundamento” sobre el cual se construye el edificio de la vida. Consiguientemente puede afirmarse que el PF no es *comienzo*, sino *inicio*. Sería *comienzo* si consistiese en alguna afirmación o ejercicio para empezar los Ejercicios, pero cuya función desapareciese una vez pasados los momentos iniciales. En cambio el *inicio* no sólo tiene su función al principio, sino que sigue desarrollándola e influyendo a lo largo de todos los Ejercicios. En el texto se percibe un proceso creciente hacia la praxis que revela ya su carácter no teórico, sino existencial. Se pasa de un planteamiento del sentido y orientación de la vida («el hombre es creado para...») a una proposición de actitudes («es menester hacernos indiferentes»).

La importancia capital del PF no debe ser oscurecida por la impresión que puede causar una primera aproximación al texto. El carácter conciso y de una frialdad notable, algunas expresiones («salvar el ánima», «hacerse indiferentes»...), la formulación teológica de la época pueden sorprender, pero el esquematismo y sobriedad del texto es lo que permite releerlo y actualizarlo siempre sin traicionarlo.

Y, con todo, en los distintos directorios sobre el PF aparece una insistencia, por un lado, en el carácter más bien árido de este ejercicio y que, por otro lado, es indispensable realizarlo de modo conveniente para el recto enfoque de la práctica de los

Ejercicios Espirituales. Conciliar la aridez con la entrada a fondo en la experiencia del PF puede resultar hoy día un callejón sin salida. Por esto, resultaron muy oportunas las reflexiones de Karl Rahner² sobre la importancia de la dimensión afectiva, ya que advierten del riesgo que se corre de presentar el PF de modo excesivamente seco, lo cual desnaturalizaría la esencia del ejercicio o incluso lo haría impracticable a algunas personas. Conviene, pues, analizar el mismo contenido del PF.

Las tres partes del PF indican claramente el proceso mediante el cual se desarrolla la experiencia espiritual que propone. En él se puede distinguir:

1) Un principio general («El hombre es creado...»). El sentido de la vida humana y de todas las cosas criadas ordenadas hacia el hombre para el cumplimiento de su propio fin. No dice que «ha sido creado», sino que «es creado», es decir, que el acto creador de Dios se da en el presente y en la medida que el ser humano vive conscientemente este presente se adentra en el acto creador que le recrea a cada instante desde la profundidad de sí mismo.

2) Una conclusión teórica («De donde se sigue...»). Por tanto, cada persona ha de orientar su existencia en medio del mundo sirviéndose de las cosas o dejándolas, en la medida que ayuden a o no a la realización del fin de su vida.

3) Una conclusión dinámica («Por lo cual es menester...»). Es evidente, pues, que tomar decisiones orientadas hacia el fin de la vida, en medio de distintas oportunidades que se ofrecen exige libertad personal para no atarse a condicionamientos afectivos que puedan transformar los medios en fines...

Las tres partes del PF señalan, pues, un itinerario personalizador que lleva de la pasividad a la actividad. No podemos prescindir de la letra del texto, pero tampoco podemos ceñirnos exclusivamente a ella, a palabras o frases aisladas del conjunto de los Ejercicios y del pensamiento ignaciano, si queremos interpretarlo correctamente. Con razón Iparraguirre afirmaba que hemos de guiarnos por el conjunto del pensamiento de Ignacio.³

1.2. Desentrañando el texto

1.2.1. La persona humana como sujeto

El texto es obvio en su estructura, pero pide que se aclare o subraye alguno de sus términos. *El hombre* es la primera palabra del primer ejercicio, con lo que se subraya el rol primordial de la persona humana como agente y como objeto de la experiencia de los ejercicios. Los Ejercicios se orientan a la transformación de la persona para hacerse plenamente disponible a la acción de Dios en su vida. Es, por tanto, la persona humana lo primero que entra en juego, es el sujeto de los ejercicios. «El que los hace», repite Ignacio.

Cada uno de nosotros ha sido y es objeto de la mirada amorosa de Dios, desde siempre. Porque nos creó para comunicarnos su bondad y su amor. «Tú me has tejido en las entrañas de mi madre» (Salmo 139,13), porque «es él quien primero nos amó» (1Jn 4,19). La expresión «es criado» no sólo indica la obra ya realizada por Dios, sino el carácter permanente de su amor creador. Porque Dios crea sin cesar y toda la historia es una creación nunca acabada. De la reviviscencia de esta experiencia arrancan los ejercicios: «que somos actualmente creados por

Dios nuestro Señor con todo detalle y que escuchamos las llamadas de Dios a la vida cuando escuchamos nuestros deseos más profundos, que brotan del amor creador y apasionado que Dios nos tiene»⁴. En esta misma relación de Dios con nosotros arraiga el carácter relacional de la existencia humana. Cada uno de nosotros existe *para*, ya que nacemos de una relación dirigidos hacia aquél que «nos amó primero».

1.2.2. La centralidad de Dios y el amor al prójimo

Alabar (expansión), *hacer reverencia* (contención), *servir* (concreción). La relación que establece el ejercitante tiene su centro en el mismo creador, en Dios mismo. De aquí que el PF ayude a enfocar correctamente esta relación con Dios ya desde el mismo comienzo de los Ejercicios y así se evita o se corrige cualquier falsa imagen de Dios. El «Dios siempre mayor» agustiniano expresa el carácter absoluto, la supremacía total de Dios, respecto de cualquier otra realidad ajena a él. *Alabar* es el reconocimiento de esta supremacía, pero en el bien entendido de que la supremacía de Dios es su Amor y por lo tanto la alabanza que se le tributa es la del gozo por ser lo que es, es decir, aquél que tanto ama al mundo que le ha entregado a su propio Hijo. Por lo mismo, el ejercitante ha de reconocer su dependencia filial, ha de *hacer reverencia*, pero con la conciencia de que sólo se vive la filiación si se vive la fraternidad. Y, como no basta con decir «Señor, Señor» si no se hace su voluntad, la relación con Dios ha de traducirse en el acto de “servir”.

Naturalmente, ya que se trata de una respuesta al Dios revelado, el amor a Dios

no puede ser un amor aislado de la humanidad y de los hermanos y hermanas. «Si Dios nos ha amado tanto, amémonos...» (1Jn 4,11). Este motivo bíblico tiene también una impostación ignaciana: dado que en la mistagogía de los Ejercicios se halla la misma experiencia de Ignacio, no podemos olvidar que el Dios, centro absoluto de su vida, es un Dios en cuya comunión, vivida de modo nuclear junto al Cardoner, descubrió la importancia fundamental de «ayudar a las almas». Es decir, el Dios ignaciano es un Dios en el cual la persona creyente halla el mundo y la humanidad.

Por esto, desde antiguo, se ha relacionado esta perspectiva ignaciana con la clásica afirmación de san Ireneo: «la gloria de Dios es que el hombre viva». Y, a su vez, «la vida del hombre se halla en la gloria de Dios». En esta dirección meditativa al comienzo del PF, el ejercitante concilia la adoración («la gloria de Dios») con la infinita confianza en un Dios que es «vida del hombre».

De este modo, se desarrollan tres actitudes fundamentales en la relación con Dios y con el hombre: la gratuidad que valora al otro por sí mismo, la alteridad que no instrumentaliza al otro y las obras que hacen real el amor. Por lo demás, hay que destacar que en la literatura ignaciana la alabanza y gloria de Dios no tiene un carácter abstracto, sino concretamente apostólico, lejos de todo ideal perfeccionista e individualista.

Así pues, puede afirmarse que la primera parte del PF es una forma sintética y pedagógica de presentar la primera parte del Padre Nuestro. Efectivamente, el *alabar* corresponde al «santificado sea tu nombre», ya que en él se expresa la su-

premacía de Dios; *hacer reverencia* consiste en la dependencia del ser humano que ha de poner el *Reino* de Dios en el centro absoluto de sus intenciones, ha de «buscar el Reino» por encima de todo; pero esta búsqueda se ha de traducir en las obras, en hacer la *voluntad* de Dios, es decir en *servir*. De algún modo se responde así a la cuestión repetida con frecuencia de que el amor no aparece en el PF. Ciertamente, no se encuentra con la misma palabra, como en el Padre Nuestro, pero sí la sustancia misma del amor, tanto a Dios como a los hermanos. Además, la centralidad de Dios no sólo no disminuye el carácter absoluto del amor a los hermanos, sino que le da una mayor dimensión y mayor profundidad.

Todo esto es lo que Teilhard de Chardin expresaba cuando imaginaba a Dios como el centro de una esfera hacia el cual todos los puntos de la esfera confluyen y del cual dimana la vida que se expande.⁵

1.2.3. *La felicidad plena como culminación del proyecto de Dios*

El resultado de esta relación viva entre Dios que nos ama y nosotros que queremos responder a su amor es el «salvar el ánimo», es decir, la perfección integral de la persona, la plenitud última y definitiva de la propia existencia. Como dice I. Iparraguirre, «los Ejercicios no se reducen a la ‘salvación’, sino que pretenden la salud, la perfección integral»⁶.

Por tanto, todo lo que precede (*alabar, hacer reverencia, servir*) llena de contenido el “salvar su ánimo”, equivalente de la plenitud de vida humana o la felicidad total y no simplemente el evitar la desgracia infinita de la condenación, como podría sugerirlo el verbo *salvar*. Ahora bien,

esta plenitud de vida o felicidad, que es el anhelo supremo que habita el corazón humano, no es como un premio o recompensa exterior y posterior a una vida toda ella orientada hacia el «Dios con nosotros», sino que es algo interior a esta misma forma de vivir. La expresión «mediante esto» sugiere que en la triple actitud mencionada se da la felicidad, incoactivamente ahora, y en plenitud cuando se manifieste lo que ya somos (cfr. 1Jn 3,2). En consecuencia, es importante que esta dicha que Dios nos ofrece no quede escondida y oscurecida detrás de lo que Ignacio propone, en primer lugar ciertamente, pero no como algo separado de ella. Dios nos ha elegido para ser sus hijos e hijas y gozar de esta plenitud filial y fraterna (cf. Ef 1,3-14).

1.2.4. *«Las otras cosas» o la Integración*

La vida humana se desarrolla dentro de la creación mediante una red de relaciones muy diversas: sociedad, cultura, economía y política, familia, cosmos, etc. La existencia cristiana, en el mundo, es una forma integradora de vivir “las otras cosas”, pero con una cierta jerarquía u orden: «las otras cosas sobre la haz de la tierra son creadas para el hombre y para que le ayuden en la prosecución del fin para el que es criado». Si quitamos de la idea de ordenación hacia la persona humana la connotación negativa de autorización para el dominio arbitrario devorador de “las otras cosas”, se puede concebir la vida humana como la armonía de un concierto en el que distintos instrumentos, con su gran diversidad y con la riqueza de una partitura, interpretan una sinfonía. En el centro se halla Dios y la persona humana –yo y las demás personas– en relación con el

mundo y las distintas estructuras en que se desarrolla la vida, integrados en una unidad dinámica. Junto al río Cardoner, Ignacio tuvo «una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas» (Aut 30). Por esto, al decir de Jerónimo Nadal, siempre veía el mundo *ex integro*, es decir en un conjunto, no parcialmente, sino en la composición de una unidad armónica.

Siguiendo con la imagen del concierto, podemos notar cómo en toda interpretación cabe la variada combinación de sonidos con los imprescindibles silencios formando la belleza de la sinfonía. Lo mismo acontece en la vida humana según Dios: la persona que quiere vivir la plenitud de vida ha de saber tomar decisiones positivas respecto de las cosas («usar dellas») y, a veces, saber distanciarse y negar determinado uso de las cosas («quitarse dellas»), en la medida en que las cosas o bien ayudan o, al contrario, constituyen un impedimento para la realización de la vida humana.

Esta relativización de las cosas en función del fin de la vida humana no ha de llevar a una pura instrumentalización de las mismas, ya que las cosas en sí mismas tienen un valor y forman parte de un universo y una historia que es en verdad «medio divino». A este respecto es importante la consideración de estos dos mensajes bíblicos: un cielo nuevo y una tierra nueva como culminación de nuestro mundo, según los anuncios de Isaías, Romanos 8, Apocalipsis 21, etc. y la concepción de toda la creación integrada en el Resucitado, como aparece en las cartas a Efesios y Colosenses. El pensamiento de Teilhard de Chardín, de Raimon Panikkar y muchas aportaciones de la ecología prolon-

gan estos mensajes bíblicos⁷. En el PF no nos hallamos, pues, lejos de lo que hoy se considera como concepción cosmoteándrica de la vida humana: el hombre en armonía con los demás hombres, con el cosmos y Dios. En términos del NT, se trata de buscar el Reino de Dios, es decir a Dios en relación con toda la creación y su justicia en el mundo actual.

1.2.5. Libertad para elegir

En medio de una espesa trama de realidades en las que ha de desarrollarse la vida humana, no es raro que ocurra alguna de estas dos cosas: o bien que se pierda el norte, y de aquí la importancia de lo expuesto sobre el PF hasta el momento; o bien que uno se halle atrapado por cosas que le hipnotizan o le apresan de tal modo que sus opciones no se dirijan en el sentido de la vida según el PF. Es, pues, preciso adoptar una actitud activa y comprometida para preservar la libertad propia de modo que todo el ser del ejercitante y sus capacidades se orienten en el recto sentido: «es menester hacernos indiferentes». No se trata de un esfuerzo prometeico o pelagiano de conquista de la salvación, sino de liberar el corazón para responder a la iniciativa amorosa de Dios que ha irrumpido en la vida personal, pero que sólo espera una respuesta verdaderamente libre. Y, en este caso, la libertad no sólo se encuentra frente a cosas u opciones sobre las que no cabe ninguna duda de hacia dónde ha de inclinarse la decisión, es decir, hacia el bien o el mal, sino que también se halla ante opciones posibles que, siendo en sí neutras, pueden convertirse en caminos perdedores o aberrantes para la consecución del verdadero fin de la vida: adicciones a cosas tal vez bue-

nas o indiferentes, pero que pueden ser alguna forma de idolatría, de modo que a veces se puede dar una especie de ateísmo larvado en personas *buenas*.

Aunque obviamente, si somos personas normales, tendremos más inclinación afectiva hacia determinadas cosas, es preciso que no hagamos diferencia alguna entre todas las posibilidades que se nos abren, mientras no veamos cuáles de ellas son el mejor camino para una relación con Dios que es nuestra felicidad. Esto es lo que expresa Ignacio con el «es menester hacernos indiferentes»: una formulación activa de la libertad interior ante lo que no está claramente unido a la realización plena de la vida. Ignacio se referirá a nuestros instintos de vitalidad (salud-enfermedad), de posesión (riqueza-pobreza), de valer o hacernos valer (honor-deshonor), de ser (vida larga-corta). Pero esta enumeración no es exclusiva y por esto añado «en todo lo demás», ya que en los muy numerosos y variados contextos de la vida humana pueden darse espejismos que nos lleven a inclinarnos hacia realidades que no sean indudablemente vías que conduzcan a «la vida verdadera» (como dirá el mismo Ignacio más adelante [139]).

1.2.6. *Dejar a Dios ser Dios*

La imagen de Dios que se dibuja al comienzo del PF, como central y absoluto para el hombre y a la vez fuente de sentido y de felicidad de la vida humana, pide una abertura y disponibilidad plena de cada uno. Así, la libertad buscada por cada uno es la forma de afirmar realmente, existencialmente a Dios, como Dios. De este modo, desde el PF se va desarrollado en el ejercitante aquella disposición para

que el Señor se comunique inmediatamente a la criatura, quitando las reservas e impedimentos para abrirse a un Dios que lo es todo...

En cualquier caso, el ejercitante, que reconoce el carácter absoluto de su vida centrada en Dios, deseará y elegirá con toda su fuerza «lo que más nos conduce para el fin que somos criados». Aquí se da la primera aparición de la palabra que caracterizará la espiritualidad de los Ejercicios, «más», expresión de la desmesura del amor, ya que el amor siempre pide más y en materia de amor siempre estamos en deuda (cf. Rm 13,8). Este «más» revela el impulso de amor que se esconde en la *indiferencia* (término que no usa Ignacio en los Ejercicios, donde usa un lenguaje más activo y dinámico), ya que «no hay indiferencia verdadera más que en un corazón presto a amar con un amor ardiente y universal, en vez de refugiarse en tal o cual cosa o de profesar respecto de todas las cosas una insensibilidad general»⁸.

Más adelante, la disposición expresada por el «más» irá tomando cuerpo en el ejercicio del Reino [97-98], en las contemplaciones de Segunda Semana [104] y en los ejercicios previos a la elección (Banderas, Binarios y Humildad).

1.2.7. *Sobre la experiencia de fe propia del PF*

En todo lo que precede ha aparecido con claridad suficiente que el PF no es simplemente una elucubración de teología natural, sino que se sitúa en la perspectiva de una experiencia de fe, aunque no en términos explícitos. Esto resulta claro si se tiene en cuenta el fin de los Ejercicios: vivir en el amor y el servicio, lo cual implica una transformación de la afectividad.

Hay que partir, pues, de que el enunciado teológico teórico del PF es la expresión de una realidad, la del amor, de la cual hay que realizar una experiencia vital.

En la primera parte el ejercitante se siente objeto de la acción de Dios en su propia vida, “es criado”. Y la acción de Dios sólo puede ser amor, ya que él es Amor. Y como esta acción de Dios es, como todo acto de amor, una interpelación, suscita de modo espontáneo una respuesta personal de amor y así se incoa ya la dinámica de alianza que atraviesa todo el curso de los Ejercicios Espirituales. Esta respuesta del ejercitante se expresará en forma de alabanza, reverencia y servicio, pero no a modo de programa que debe ejecutar forzosamente, sino movido por la seducción del amor que por sí mismo llama y moviliza a la persona querida. Se trata, pues, de una experiencia de pasividad (la acogida del amor) que se hace actividad (respuesta de amor).

Cabe la pregunta: ¿se puede presentar y ofrecer el PF a no creyentes? Aunque la perspectiva plena y explícita del PF es, sin duda, una propuesta para cristianos, no se puede negar que su contenido tiene un sentido pleno para personas que vivan alguna experiencia de “ser creados”, que quieran orientar su vida en relación a un absoluto, que deseen vivir una vida toda ella unificada en un único sentido y sean personas que no se consideren islas, sino que conciban su propia vida en abertura a los demás.

1.2.8. Aprendiendo a amar

Al fin de los Ejercicios, Ignacio dice que el amor se ha de poner más en obras que en palabras [231] y propone una contemplación para seguir viviendo en el amor

más allá de los Ejercicios. Parece, pues, que el amor ha de estar presente en el PF que contiene de modo concentrado al comienzo de los Ejercicios lo esencial de la experiencia. Además, el PF introduce en la práctica del amor, que consiste en las obras, mediante la explicitación de «alabar, hacer reverencia y servir». Un amor ciertamente a Dios, pero, como ya se ha dicho, también a hermanos y hermanas.

José M. Castillo, a propósito de la «indiferencia de afecto» de que habla Francisco Suárez, dice que éste «no habla nunca de indiferencia de voluntad, sino de indiferencia de afecto...». Esto ya nos está diciendo que para Suárez la indiferencia rebasa los límites de nuestra voluntad; es decir, «se trata de una disposición más amplia y más profunda»⁹. Además, como dice Karl Rahner «la indiferencia no es otra cosa que la fase inicial del amor, el aprendizaje del amor final»¹⁰, puesto que es ir centrando el corazón en lo esencial, sin dejarse hipnotizar por los espejismos de particularidades que desvían el corazón del centro del amor. Y, en cualquier caso, el «hacernos indiferentes» sólo es sano si corresponde a un apasionamiento personal profundo, que en este caso es la pasión por Jesucristo y el Reino de Dios. De modo que hablar de indiferencia es hablar de una pasión que genera libertad.

En esto Ignacio enlaza con una tradición antigua, en particular San Bernardo, que ya percibió cómo el verdadero amor, fundado en Dios, pide mantener un equilibrio respecto de las cosas cuya orientación hacia la voluntad de Dios se desconoce, «siempre prontos a seguir su voluntad [de Dios], sea cual sea el sentido hacia el cual sabremos que esta voluntad se inclina»¹¹.

1.2.9. Cristo y el PF

Dado el carácter esencialmente cristológico de los Ejercicios Espirituales, resulta inconcebible que el PF no sea una experiencia *fundamentalmente* cristológica, puesto que el PF está presente continuamente en todos los ejercicios de oración, mediante la «oración preparatoria» [46] y es preámbulo esencial del momento culminante de todo el proceso espiritual, la elección. Cristo, con el cual se ha de identificar el ejercitante, es la realización más perfecta del PF: la plenitud de la gloria del Padre y de la vida de los hombres se da “en Cristo”, porque «sólo Cristo resucitado constituye el hombre perfecto, a cuya imagen y semejanza fue plasmado el cuerpo de Adán» (san Ireneo). A su vez, Cristo, a menudo denominado «Criador y Señor» en los Ejercicios, es también objeto del «alabar, hacer reverencia y servir»¹².

1.3. La práctica del PF

1.3.1. Importancia y carácter dinámico del PF

Las distintas orientaciones de los Directorios sobre el modo de proponer los Ejercicios siempre dan especial relieve al modo cómo hay que dar el PF y la división de sus distintas partes. La práctica actual sigue dando gran importancia al PF para orientar el sentido de la vida, tratando de relativizar todo lo que no sea de Dios mismo: es un proyecto de máximos y orienta todos los Ejercicios.

Los Directorios destacan también el carácter dinámico del PF, ya que se trata de algo que el ejercitante ha de realizar: adquirir una cierta apertura inicial de espíritu, una disponibilidad personal. Esto

lo muestran las mismas expresiones del texto, como «hacerse», «deseando y eligiendo» y la «oración preparatoria» [46], prolongación permanente del PF, en la que se pide a Dios una ordenación plena de toda la existencia. El «preámbulo para hacer elección» [169] insiste en la actitud dinámica y existencial iniciada al comienzo de los ejercicios con palabras que sintetizan el mismo PF: «Ninguna cosa me debe mover a tomar los tales medios o a privarme dellos, sino sólo el servicio y alabanza de Dios nuestro Señor y salud eterna de mi alma». El ejercitante no se ha de hallar fijado o anclado en cosas que no sean Dios mismo o su voluntad y por esto ha de trabajar esta libertad para amar, o quizá sea cosa mejor que retrase la entrada en Ejercicios, «hasta que estuviese más maduro»¹³.

Sin embargo, en el texto de los Ejercicios y Directorios, no siempre aparece claramente en qué consiste el trabajo del ejercitante para llegar al objetivo del PF. ¿Se trata de una *consideración* de la lógica de la vida cristiana? ¿Se trata de crear una *convicción personal*? ¿Quizá consiste en mover la *voluntad*? ¿Es un ejercicio más bien *racional* que afectivo? ¿Tiempo más de *reflexión* que de oración? A decir verdad, gran parte de los comentaristas y de las exposiciones clásicas llevaban a pensar que el PF es un ejercicio más adaptado a la inteligencia y a la voluntad que al afecto. No falta quienes destacan su carácter duro y árido.

Precisamente, para contrastar esta línea en la forma de proponer el PF, se insiste actualmente en que «ha de ser como una mirada hacia la cima, que suscita deseos de subir hacia ella», «una experiencia del amor de Dios que nos interpela y

mueve a la correspondencia», «un encuentro con la utopía del Reino de Dios que ayude a que cada ejercitante escriba su propia utopía»... En cualquier caso, hay que ayudar a que el ejercitante empiece los Ejercicios con gozo y esperanza, ya que en ellos va a acoger existencialmente la Buena Noticia del Reino de Dios.

En esta línea, W.A. Barry habla del «Principio y Fundamento afectivo» y hace suyas las palabras del psiquiatra J.S. Mackenzie: «El disfrute de Dios debería ser el culmen de la pedagogía espiritual»¹⁴. Se refiere a una vivencia de sentirse en compañía de Dios que hace desaparecer los sentimientos negativos y sentirse acogido y amado. Esta vivencia afectiva es un buen “inicio”, en cuanto moviliza al ejercitante desde el centro de su persona, el corazón. Puede, pues, afirmarse también que el placer espiritual que es un elemento importante de los Ejercicios Espirituales, como se ha dicho a propósito de la 2ª anotación, y que culmina en la cuarta semana, empieza a desarrollarse ya desde el PF.

1.3.2. Practicar el PF como verdadero inicio de los Ejercicios

Puesto que los Ejercicios Espirituales empiezan estrictamente con el primer ejercicio de la Primera Semana [45], el PF hay que situarlo en la actividad previa al mismo comienzo de los Ejercicios, junto con la proposición de las anotaciones y la creación de las disposiciones necesarias para entrar de lleno en ejercicios. Parece confirmar esta manera de concebir la práctica del PF el hecho ya mencionado de que en uno de los textos acomodados de más autoridad como es el de Helyar, el PF figura todavía entre las anotaciones.

Ahora bien, el PF no sólo tiene una finalidad dinámica, sino que, en palabras de Elías Royón es más un “inicio” que un “principio”. Es decir, no se trata de una experiencia a partir de la cual el ejercitante se adentra en un nuevo proceso espiritual independiente, sino de algo así como la obertura musical de una sinfonía, la cual (en nuestro caso, los Ejercicios) no hará otra cosa que ampliar el “movimiento” inicial. Los Ejercicios Espirituales tienen como objetivo ordenar la vida a partir de la transformación de la afectividad, en sintonía con el evangelio. «Que desde el principio sepa bien el ejercitante adónde va, y que se determine seriamente a llegar con su trabajo adonde se le quiere conducir»¹⁵.

1) El ejercitante ha de tomar conciencia clara y firme de cuál es el sentido de su vida:

El fin de la vida (la plenitud de su existencia = «salvar el ánima») en el amor a Dios y a los hermanos = («alabar»).

A este fin ha de orientarlo todo («las otras cosas»).

2) Además, ha de disponerse seriamente a la tarea de hacer realidad este proyecto. Esto se propone mediante el «tanto-cuanto», el «es menester hacernos indiferentes», el «solamente deseando y eligiendo». No se trata de conseguir al comienzo lo que es fruto de todos los Ejercicios. Esta tarea se enuncia ya en la primera anotación [1]: «quitar de sí todas las afecciones desordenadas»; y en el título [21]: «vencerse». También la quinta anotación [5] ya prepara el camino: «grande ánimo y liberalidad... ofreciéndole todo su querer y libertad para que su divina majestad, así de su persona como de todo lo

que tiene, se sirva conforme a su santísima voluntad».

Este es el objetivo del PF en los Ejercicios completos, que suponen a persona con verdaderos deseos de progresar en la vida cristiana, «que en todo lo posible desea aprovechar» [20], y que capacitan para una verdadera elección evangélica. Pero, en cualquier caso, el ejercitante empieza con la conciencia del paralítico que necesita que alguien le libere de su inmovilidad, con la confianza de tener a Jesús a su lado.

En otras situaciones, convendrá usar el PF o no emplearlo o sólo parcialmente o bien dedicarle más o menos tiempo. Por ejemplo, en los Ejercicios en la Vida Ordinaria, hay quien le dedica por lo menos cuatro semanas, con lo que esta entrada lenta y prolongada beneficia la facilidad para iniciar la Primera Semana de Ejercicios desde una perspectiva muy positiva.¹⁶

1.3.3. *Tomar la vida en serio*

«Se determine seriamente», hemos leído. Se trata de una seriedad o responsabilidad que responda a una actitud responsablemente seria en la vida. «El presupuesto antropológico para hacer los ejercicios es tomar en serio la existencia humana» (Jon Sobrino). Por tanto, quien se acerca a los Ejercicios ha de partir de una posición personal existencialista, es decir, que no busque simplemente satisfacciones pietistas o dar respuestas teóricas o moralizantes a la propia vida, sino que se pregunte o por el sentido real de su vida o quiera hacer frente a cuestiones verdaderamente fundamentales de su existencia. Dada la bien sabida inadecuación de la expresión humana para manifestar realidades profundamente vitales, para comprobar que

se da esta disposición en el candidato, conviene no guiarse precipitadamente por la brillantez o la pobreza de las palabras o formulaciones elocuentes de las personas que solicitan hacer los Ejercicios. En efecto, hay quienes disponen de una capacidad y riqueza de expresión que no siempre responde a una actitud seria ante la vida y ocurre al revés con personas de expresión y formulación muy pobre.

En definitiva, hay que evitar, desde luego, que el PF sea la ocasión para elucubraciones estériles y fatigosas, pero también que degeneren en un moralismo o voluntarismo extenuante. No se trata de conseguir plenamente lo que se enuncia en el PF, que se irá asimilando durante todos los Ejercicios [cfr. 16, 46, 157, 166, 169]. El objetivo del ejercicio es principalmente impregnarse del sentido del PF y avivar disposiciones en consonancia.

1.3.4. *«Sentir y gustar»*

Puesto que el PF es el primer ejercicio que se realiza, conviene que se enfoque de modo que el ejercitante pueda “gustar” algo la bondad y el amor del Señor. Saborear el contenido del mismo texto con el recurso al Padre Nuestro, como se acaba de indicar: la centralidad de Dios, de su reino y de su voluntad. El PF, como experiencia de una pasividad activa, pide la “tarea” de dejarse querer, cosa no fácil, pero que toca a fondo la dimensión más afectiva de la relación con Dios: descubrir y saborear «qué bueno es el Señor» (Sal 34,9), con lo que la imagen de Dios Amor cobra un alto relieve vivencial. Y, a la vez, esta experiencia del amor concreto de Dios a mí hondamente sentida es el detonante de una respuesta progresiva al Dios

de la Alianza con la cual culminan los Ejercicios Espirituales.

La primera parte del PF deja el paso abierto a una dimensión más práctica: «Hijos, no amemos con palabras y de boquilla, sino con obras y de verdad» (1Jn 3,18). ¿Cómo se concreta y se hace operante el amor? La respuesta incluye dos momentos: un primer momento es la toma de conciencia de que el amor ha de buscar sus mediaciones propias y un segundo en que el amor lo rige todo y que, por tanto, exige un corazón abierto y disponible para elegir las mediaciones apropiadas. El “más” con que concluye el PF apunta a un sentimiento profundo, a una cierta pasión por Dios, como centro de toda la vida del ejercitante. Un inicio que hay que desarrollar sobre todo mediante la petición repetida en la “oración preparatoria”.

1.3.5. *Relación personal y confiada con Dios*

«Ponerse en sus manos», dirán los directorios ignacianos, según el espíritu de la anotación 5ª [5]. La oración de Charles de Foucauld: «Padre, me pongo en tus manos...», puede ayudar a hacer efectiva esta anotación. A este propósito conviene notar que así como Ignacio propone como inicio para todos los tiempos de oración de los Ejercicios la *oración preparatoria* [46], también pone el *Pater noster* como conclusión de todos estos tiempos, una plegaria que es a la vez síntesis del PF y sostén continuo de la actitud de confianza profunda. Y, en esta relación de confianza, la actividad del ejercitante ha de ser sobre todo la de pedir sencillamente, más que esforzarse: la oración preparatoria y pedir aquel «resignarse del todo» y aquel

«equilibrio» o libertad de que se nos habla en los directorios.

1.4. Algunas aproximaciones recientes al PF

1.4.1. *Algunos puntos de partida del PF*

El hecho de que el texto del PF no vaya acompañado de orientaciones metodológicas, aunque no falten en los directorios ignacianos, ha impulsado una cierta creatividad en los enfoques de este ejercicio espiritual. Indico a continuación, de forma muy sintética, solamente algunos de estos enfoques más recientes.

- Decisión existencial de dar a la vida sentido teologal (J. Gómez Caffarena).
- Consagración y comunión: abrirse desde el corazón a Dios y a la comunión universal (J.C. Guy).
- Tomar en serio la propia existencia, toda ella polarizada por un Absoluto (Jon Sobrino).
- Ajuste entre deber y libertad (F. Segura).
- Puente levadizo que empalma la vida del ejercitante con la vida de fe (J.I. González Faus).
- No partir de cero en la experiencia del PF, sino desde el punto a donde el ejercitante ha llegado en su vida espiritual (A. Lefrank).
- Aprendizaje del amor: empezar a liberarse de aquellas cosas que hipnotizan o son espejismos que impiden orientar la vida en el amor (K. Rahner).
- Concienciar que sólo Dios es Dios y afirmar existencialmente a Dios me-

diante el «hacernos indiferentes» (J. Vives).

1.4.2. Algunos desarrollos del PF

Hoy es común iniciar el PF con la invitación al ejercitante de releer su propia historia de salvación. No se trata ni de una crónica de la propia vida, ni de una interpretación, sino de una mirada de fe, en la que el ejercitante se siente hija o hijo querido por Dios y movido a la gratitud y a la correspondencia.

Con perspectiva teologal y trinitaria, el ejercitante toma más conciencia, en relación con Dios Padre Criador, de su condición filial y esta filiación, reconocida y vivida en el Hijo, sumerge al ejercitante en el clima trinitario. Suelen ayudar algunos textos de apoyo: Colosenses 1,15-20 y Efesios 1,3-10 para asimilar la centralidad absoluta de Jesucristo; Juan 1,30-39 para ahondar en la atracción de Jesucristo.

Se puede también enfocar la oración como un ejercicio de acogida de todos los bienes que Dios nos da (“las otras cosas”) para “usar” y de desprendimiento de ellos (“quitarse”). En términos de elemental psicología, saber decir «hola» y saber decir «adiós». O también se recurre a la práctica orante de la respiración: en este movimiento vital, cuando uno inspira, acoge y cuando expira, entrega; del mismo modo, recibimos la vida y si no la damos a los demás, morimos. Naturalmente, en prácticas como ésta, hay que evitar el ensimismamiento egocéntrico.

1.4.3. Algunos textos muy empleados, entre otros muchos

El arsenal de textos, sobre todo bíblicos, de que se sirven quienes dan Ejercicios

Espirituales es inmenso y, por tanto, aquí sólo se indican algunos que han sido subrayados de modo particular por resultar de especial fruto.

– Historia de Jonás y de Rut: Salir de uno mismo y desear y elegir lo que más conduce.

– Sabiduría 11,22ss: Desasirse de todo lo que no sea Dios al comenzar los Ejercicios.

– Romanos 8,31ss: Para personas que puedan tender a la angustia, inspirar confianza y ponerse en manos de Dios.

– Magnificat: Poner a Dios en el centro, pero no en un pedestal, sino cerca de modo que «se alegra mi corazón» porque «mira mi pequeñez».

– Lucas 10,25-42: En el Buen Samaritano y Marta y María se nos muestra como la vida consiste en el amor absoluto a Dios y al prójimo, pero superando los espejismos de “lo religioso” o de un servicio no bien orientado.

– *El Principito* (capítulo 21) ofrece también buena materia laica para entrar en la apertura de la fe.

1.4.4. Una reformulación secular del PF: «Proyecto de Vida» o «Marco de mi existencia»¹⁷

Una formulación secular del PF como la que se presenta a continuación, puede ser especialmente sugestiva para una persona con mentalidad secular y se aplica incluso a no creyentes. A partir de la reflexión sobre este texto, lo más probable es que el ejercitante se sienta incapaz de realizar el proyecto propuesto y, así puede comprender mejor el sentido de los Ejercicios,

precisamente para ayudar a conseguir la libertad interior y disponerse a comprometerse. A continuación, mediante la consideración de textos bíblicos, el ejercitante comprueba que este plan tan humano de realización personal es lo que Dios quiere...

«La persona humana está en esta tierra para apreciar, respetar y ayudar a los demás a realizarse plenamente; y, mediante esto, realizarse ella misma; y las otras cosas sobre la haz de la tierra están para la persona humana y para que le ayuden a conseguir el fin para el cual está en la tierra.

De donde se sigue que el ser humano tanto ha de usar de ellas cuanto le ayuden para su fin, y tanto ha de quitarse de ellas cuanto para ello le impiden.

Por lo cual es menester hacernos libres ante todas las cosas, sin sentirse atados a ninguna de ellas, en todo lo que no constituye un perjuicio para cualquier persona (no se puede elegir entre maltratar o no maltratar a una persona); de tal manera que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, seguridad que riesgo, cordura que demencia y del mismo modo en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin a que nos sentimos llamados.»

1.5. En manos de Dios

Es frecuente servirse durante la práctica del PF de la oración más reciente y familiar a muchos cristianos de Charles de Foucauld: «Padre, en tus manos...». Este recurso no resulta ajeno al espíritu del PF ignaciano. En efecto, en el Directorio del P. Vitoria, «basado en notas dictadas por san Ignacio», se dice que el fruto de los Ejercicios será tanto mayor, cuanto el ejercitante se abandone más «en las manos del Señor para que haga de él según su beneplácito, según aquello: *Hijo mío, dame tu corazón y lo llenaré*»¹⁸. Más adelante, se habla de la importancia de ponerse «totalmente en sus manos pues aquí está el fundamento de que halleemos lo que deseamos»¹⁹. Y, para conseguir este abandono total en manos de Dios, dice el Directorio, refiriéndose al ejercitante, que se ha de considerar bien el PF²⁰.

Con estas expresiones repetidas, se resume bien la disposición inicial del ejercitante, que ha de conseguirse en el PF: entrega y abandono total, pero desde la relación filial de sentirse de verdad hijo o hija de Dios, y con la gran confianza de estar en manos del Padre. Empiezan los Ejercicios con toda la exigencia de una verdadera experiencia de Dios –abandono–, con toda la conciencia de la propia dignidad –filiación– y con una confianza que se deberá mantener y cultivar continuamente –en manos del Padre–.

2. EXÁMENES Y CONFESIÓN GENERAL [24-44]: LA ARENA Y LA ROCA

Después del PF, el libro de los Ejercicios presenta un bloque de orientaciones sobre exámenes, confesión general y comunión que ayudan a dar el paso a lo concreto de la vida, después haberse movido el ejercitante en el horizonte más general de la visión del sentido de la vida humana. El ejercitante ha de ir haciéndose cada vez más capaz de descubrir dónde está la roca sobre la cual construir, distinguiéndola de la arena que sólo sostiene aparentemente el edificio de la vida humana.

2.1. Examen

El Examen es una práctica espiritual anterior a san Ignacio y no exclusiva de la tradición cristiana. Encontramos diferentes formas de examen, con acentos espirituales o morales distintos, en los pitagóricos y en los estoicos, en Sócrates, Séneca, en el rabinismo y en el islam. Y tanto en la tradición bíblica como en la historia de la Iglesia (monacato, san Agustín, san Juan Crisóstomo, Hermanos de la Vida Común, Tomás de Kempis, etc.). El «Ejercitatorio de la vida espiritual» de García de Cisneros, conocido por Ignacio, aconseja y enseña esta práctica.

En su sustancia, el Examen responde a la exigencia evangélica de vivir despiertos (“velad”) y estar atentos a las llamadas y a la acción de Dios. No es raro, pues, que en los Ejercicios se le de una notable importancia, ya que los Ejercicios son una íntima comunicación con Dios que se manifiesta de formas muy distintas y que es-

pera del ejercitante respuestas también variadas y continuas.

Por tanto, la importancia de los exámenes viene indicada por el carácter de la experiencia de Dios que se realiza, la cual no consiste sólo en unas actividades practicadas con la máxima exactitud y fidelidad, sino en una apertura existencial del ejercitante a la acción de Dios. San Benito, en la Regla (4:57; 7:62-66), habla de la necesidad cotidiana de confesar el pecado, de llorarlo y de enmendarse; y el duodécimo escalón de la humildad es creerse en todo momento reo de los propios pecados. Ya se ve, pues, que no se trata de un ejercicio morboso, sino de un proceso continuo de purificación y de transparencia espiritual.

Al analizar los exámenes propuestos en los Ejercicios, conviene tener muy presente este sentido evangélico profundo para no desorientarse con algunos de los elementos que se proponen para practicarlos y que son concreciones o recursos, a veces muy accidentales.

2.2. Examen particular [24-31]

[24] EXAMEN PARTICULAR Y COTIDIANO. CONTIENE EN SÍ TRES TIEMPOS Y DOS VECES EXAMINARSE.

El primer tiempo es, que a la mañana luego en levantándose, debe el hombre proponer de guardarse con diligencia de aquel pecado particular o defecto, que se quiere corregir y enmendar.

[25] El segundo, después de comer. Pedir a Dios nuestro Señor lo que hombre quiere, es a saber, gracia para acordarse cuántas veces ha caído en aquel pecado particular o defecto, y para se enmendar adelante, y consecuentemente haga el primer examen demandando cuenta a su ánima de aquella cosa propósita y particular de la cual se quiere corregir y enmendar, discurrendo de hora en hora o de tiempo en tiempo, comenzando desde la hora que se levantó hasta la hora y punto del examen presente; y haga en la primera línea de la g = tantos puntos cuantos ha incurrido en aquel pecado particular o defecto; y después proponga de nuevo de enmendarse hasta el segundo examen que hará.

[26] El tercero tiempo, después de cenar se hará el segundo examen asimismo de hora en hora, comenzando desde el primer examen hasta el segundo presente, y haga en la segunda línea de la misma letra g = tantos puntos cuantas veces ha incurrido en aquel particular pecado o defecto.

[27] SIGUENSE CUATRO ADICIONES PARA MAS PRESTO QUITAR AQUEL PECADO O DEFECTO PARTICULAR

La primera adición es que cada vez que el hombre cae en aquel pecado o defecto particular, ponga la mano en el pecho, doliéndose de haber caído; lo que se puede hacer delante de muchos, sin que sientan lo que hace.

[28] La segunda. Como la primera línea de la g = significa el primer examen, y la segunda línea del segundo examen, mire a la noche si hay enmienda de la primera línea a la segunda, es a saber, del primer examen al segundo.

[29] La tercera. Conferir el segundo día con el primero, es a saber, los dos exámenes del día presente, con los otros dos exámenes del día pasado y mirar si de un día para otro se ha enmendado.

[30] La cuarta adición. Conferir una semana con otra, y mirar si se ha enmendado en la semana presente de la primera pasada.

[31] Nota. Es de notar, que la primera g = grande que sigue significa el domingo; la segunda más pequeña, el lunes; la tercera, el martes; y así consecuentemente.

[Sigue el gráfico con los siete pares de líneas paralelas]

El Examen particular es el primero que se propone. El evangelio enseña repetidamente que la Palabra sembrada en el corazón puede resultar poco o nada fecunda debido a algún obstáculo personal. Es preciso, pues, prestar una atención particular a lo que en el corazón de cada uno puede ser impedimento a la acción de Dios. Esta atención particular, orientada hacia la pureza del corazón más que a la lucha contra los pecados, es la esencia del examen “particular”. En los Ejercicios, Ignacio propondrá que se aplique sobre todo a la fiel observancia de las orientaciones metodológicas («adiciones») que se dan al ritmo de las distintas etapas. Estas «adiciones», como veremos en su lugar, son precisamente indicaciones para que todo el sujeto, la persona entera, esté atenta a la acción de Dios a lo largo de todo el día.

Por tanto, después del PF orientado hacia el sentido general de la vida humana, el examen particular da un giro hacia

el compromiso particular de vida del ejercitante. Mediante esta práctica de atención a los actos concretos a lo largo de todo el día, se realiza un aprendizaje importante de objetividad, cuya carencia amenaza a menudo a las personas vueltas de modo intenso hacia lo interior.

Respecto de las ayudas concretas que aparecen en el texto de los Ejercicios (examinarse dos veces al día, anotar en unas líneas las veces que uno ha faltado, ponerse la mano en el pecho al caer en el defecto que se combate), es patente que no todas tienen la misma importancia, aunque sí vienen a reforzar una convicción: para la mejora eficaz de actitudes y comportamientos son necesarias algunas estructuras (aun pequeñas) de apoyo. Con todo, el objetivo principal es vivir atentos a la realidad concreta de dichas actitudes y comportamientos y renovar regularmente la voluntad de eliminar obstáculos concretos a la acción de Dios.

2.3. «Examen general de conciencia» [32-43]

2.3.1. En qué consiste el Examen general

[32] EXAMEN GENERAL DE CONSCIENCIA PARA LIMPIARSE Y PARA MEJOR SE CONFESAR

Presupongo ser tres pensamientos en mí, es a saber, uno propio mío, el cual sale de mi mera libertad y querer; y otros dos que vienen de fuera, el uno que viene del buen espíritu y el otro del malo.

[Siguen las orientaciones para el examen del pensamiento, de la palabra y de la obra] [33-42].

Este Examen “general” se refiere a todo el campo de pecados o faltas posibles. Para iluminar este vasto campo, se presenta una larga lista de pecados y, juntamente, algunos criterios para valorarlos. Una lectura de este largo fragmento ha de tener muy en cuenta que «el vocabulario y la manera de expresarse, en buena medida, van en dirección contraria de nuestra cultura y sensibilidades. Hay que realizar una transposición»²¹.

Un presupuesto que precede a todo el cuerpo de tres partes que sigue sitúa ya con cierta finura una distinción importante: cuál es el campo de lo estrictamente moral, es decir, lo que sale «de mi propia libertad y querer» [32] y lo que es campo de la experiencia espiritual, la cual naturalmente puede derivar en consecuencias morales, según sean las reacciones de la libertad personal a los pensamientos “que vienen de fuera”. Esta distinción de los tres pensamientos, que ya era algo común en la tradición espiritual desde Orígenes, ha sido interpretada hoy día desde la psicología profunda, cosa que, dejando de lado las posibles discrepancias o los matices necesarios, indica, por lo menos, la importancia humana y espiritual que tiene prestar atención a esta complejidad de la vida interior del ejercitante²²: es cierto es que hay pensamientos que nacen de mi voluntad y los dominamos y otros que escapan de nuestro control, pero que conviene descifrarlos, ya que pueden llevarnos a actos buenos o malos.

Para apreciar bien el sentido del largo fragmento que sigue [33-42] hay que distinguir entre el carácter externo y su finalidad. Esta clasificación y larga lista de pecados es tributaria de unas ayudas para la preparación de la confesión que circula-

ban antiguamente: *Confesionales, Suma de confesores, Tratado de penitencia*, etc.²³ En el siglo XVI la confesión era muy poco frecuente y la preparación duraba uno o dos días y otros dos la confesión y, por tanto, se hacía necesario algún recurso para facilitar esta laboriosa práctica. Ignacio mismo nos relata su larga confesión en Montserrat (Aut 17), donde pudo utilizar el material que se halla en el *Ejercitatorio de la vida espiritual*²⁴.

Sin embargo, más importante que el género de este fragmento de los Ejercicios es su finalidad: progresar en la «limpieza –pureza– de corazón» (“para limpiarse”). Por esto, Ignacio más que en los pecados concretos insiste en las condiciones personales del pecado y analiza toda la compleja trama de la actuación humana, concretada en pensamientos, palabras y obras. A continuación destaco algunos puntos más sobresalientes del texto ignaciano²⁵.

«Del pensamiento» [33-37]. Las consideraciones ignacianas sobre la manera de merecer o de pecar venialmente o mortalmente con el mal pensamiento “que viene de fuera”, son una introducción en el discernimiento de espíritus, que presupone capacidad de «sentir y conocer las varias mociones que en la ánima se causan» [313].

«De la palabra» [38-41]. Vale la pena poner atención a lo que Ignacio dice al referirse concretamente al juramento: «Es más concedido a los perfectos jurar por la criatura que a los imperfectos; porque los perfectos, por la asidua contemplación e iluminación del entendimiento, consideran meditan y contemplan más ser Dios nuestro Señor en cada criatura, según su propia esencia, presencia y potencia; y así

en jurar por la criatura son más aptos y dispuestos para hacer acatamiento y reverencia a su Criador y Señor que los imperfectos» [39]. Así, de forma subliminal, Ignacio sitúa al ejercitante en el horizonte de la *contemplación para alcanzar amor*, que se basa en la consideración de la entrega y presencia de Dios en todo [cf, 234-237]. Hacia esta cumbre se dirige el camino de los Ejercicios, camino que han de recorrer también los “imperfectos”. Además en esta contemplación e iluminación el ejercitante se introduce poco a poco en la integración de la naturaleza y la gracia.

«De la obra» [42]. «Amar con obras y de verdad» (1Jn 3,18), porque las obras son la encarnación de los pensamientos y las palabras. Además, como el mundo más interior de pensamientos y palabras debe moldearse por la referencia a la realidad objetiva de la palabra de Dios y su actualización en la Iglesia, la experiencia espiritual personal ha de exteriorizarse y socializarse. De aquí la necesidad de tener a la vista «los diez mandamientos y los preceptos de la Iglesia y recomendaciones de los superiores».

Este capítulo nos recuerda que la experiencia de Dios no es algo meramente subjetivo y autónomo, cuestión sólo de buenos sentimientos e intenciones, al margen de una conducta en la línea de la voluntad de Dios, expresión de la bondad de la vida. La búsqueda de Dios en la tradición bíblica va siempre unida al deseo de conocer su voluntad y de cumplirla. Por esto Ignacio encabeza los Ejercicios con este capítulo, al cual, según las fuentes, daba bastante importancia (cfr. Aut 68 y 70). Evidentemente que lo que Ignacio pretende hoy ha de hacerse a través de una

formación actualizada de la conciencia. Con todo, tal vez queda como una cuestión pendiente ayudar al posible ejercitante a superar una cierta anomia bastante común. De lo contrario, se acaba confundiendo la experiencia espiritual con un cúmulo de vivencias y “experiencias” poco en sintonía con el carácter históricamente concreto de la revelación: «quien no ama, no conoce a Dios»; y se trata de un amor «con obras y de verdad». Así Ignacio llama la atención sobre la importancia de la educación de la conciencia moral.

Sin embargo, no se ha de reducir la instrucción ignaciana sobre el examen del pensamiento, de la palabra y de la obra a una orientación sólo moralizante. En estos párrafos de los Ejercicios hay que captar una mistagogía para ir progresando en limpieza de corazón y en transparencia de los pensamientos, para el uso de la palabra consciente de toda la densidad respecto, amor y verdad que puede vehicular tanto en la relación con Dios como con los hombres, para medir la calidad de nuestras obras en referencia a pautas objetivas, pero dependientes de nuestras actitudes personales profundas. Así el Examen no es «una mera revisión escrupulosa y detallada de nuestras acciones, sino más bien una constante verificación de nuestra vida en cuanto debe estar siempre en armonía con el Espíritu»²⁶.

2.3.2. Práctica del Examen general

[43] MODO DE HACER EL EXAMEN GENERAL Y CONTIENE EN SÍ CINCO PUNTOS

El primer punto es dar gracias a Dios nuestro Señor por los beneficios recibidos.

El segundo punto: pedir gracia para conocer los pecados y lanzarlos.

El tercer punto: demandar cuenta al ánimo: desde la hora que se levantó hasta el examen presente de hora en hora, o de tiempo en tiempo; y primero del pensamiento, y después de la palabra y después de la obra, por la misma orden que se dijo en el examen particular.

El cuarto punto: pedir perdón a Dios nuestro Señor de las faltas.

El quinto punto: proponer enmienda con su gracia. *Pater noster*.

El fragmento de los Ejercicios que acabamos de comentar no ha de desviar la atención y llevarnos a tergiversar la práctica del Examen como si se tratase de un ejercicio moralizante y, peor aún, minucioso y torturante. El examen se ha de situar en la perspectiva de la Alianza, relación amorosa que lleva a una exigencia connatural de correspondencia humana a Dios. Por tanto, el Examen es la manifestación constante del deseo de responder al amor incesante y concreto de Dios.

1) De aquí que el primer punto que se propone es “dar gracias”: reconocimiento gozoso de la acción de Dios en la propia vida.

2) A partir de este sentimiento de gratitud, bien concretado en la historia personal dentro del contexto social en que se desenvuelve, y sobre el telón de fondo del amor de Dios que es Luz, resulta más fácil y más *higiénico* (espiritualmente ha-

blando) descubrir, con la gracia de Dios, qué hay que pedir, la necesidad de conversión (respuesta al Amor): «pedir gracia para conocer los pecados y lanzallos»; «demandar cuenta al ánima...»; «pedir perdón a Dios...»; «proponer enmienda con su gracia».

En definitiva, la práctica del Examen es una forma muy personal de oración. Además, en la medida que se progresa en la lucidez interior, fruto de las orientaciones precedentes, la persona será capaz de captar las posibles llamadas interiores del Señor, es decir, discernir los sentimientos espirituales que brotan en el corazón.

Aunque Ignacio propone la práctica del Examen para los Ejercicios más sencillos de iniciación en la anotación 18ª, él mismo siguió practicándolo, incluso el Examen particular, hasta el final de su vida. Esto muestra que el ejercicio espiritual del Examen permite niveles más o menos altos en su realización, ya que es la tarea de progresiva transparencia y docilidad a la acción de Dios, que por el Espíritu actúa en el corazón de cada persona. En los Ejercicios es, pues, fundamental la práctica del Examen general y particular para progresar en la sensibilidad espiritual como base de una vida espiritual más verdadera, más libre y más fiel en el amor²⁷.

2.4. El sacramento de la reconciliación [44]

[44] CONFESIÓN GENERAL CON LA COMUNIÓN

En la general confesión, para quien voluntarie la quisiere hacer, entre otros muchos, se hallarán tres provechos para aquí.

El primero. Dado que quien cada año se confiesa no sea obligado de hacer confesión general, haciéndola hay mayor provecho y mérito, por el mayor dolor actual de todos pecados y malicias de toda su vida.

El segundo. Como en los tales ejercicios espirituales se conocen más interiormente los pecados y la malicia dellos, que en el tiempo que el hombre no se daba así a las cosas internas, alcanzando ahora más conocimiento y dolor dellos habrá mayor provecho y mérito que antes hubiera.

El tercero es consecuerter, que, estando más bien confesado y dispuesto, se halla más apto y más aparejado para recibir el santísimo sacramento; cuya recepción no solamente ayuda para que no caya en pecado, mas aun para conservar en aumento de gracia; la cual confesión general se hará mejor inmediata después de los ejercicios de la primera semana.

Esta confesión se ha de interpretar en la línea de la experiencia espiritual de los Ejercicios y no simplemente como una necesidad moral de “confesarse”. Se supone que el ejercitante ya satisface habitualmente a la conveniencia de reconciliarse con Dios. Cuando Iñigo realizó su larga confesión general en Montserrat ya había participado anteriormente en este sacramento en Loyola. Sin embargo, la confesión de Montserrat tenía un significado de plenitud y de transparencia especial, como puede verse en su mismo relato del peregrino²⁸.

La confesión general es, pues, parte de los Ejercicios, incluso se puede concebir como la culminación de la Primera Sema-

na y como uno de los elementos eclesiales fuertes de la experiencia [cf. 20: Vísperas y Misa]. Con todo, es una práctica voluntaria. Una nota aclaratoria ignaciana dice que, de ser posible, es mejor que el que da los ejercicios no confiese al ejercitante. Esto confirma dos cosas: que el ámbito de ayuda del acompañante no es inmiscuirse en la respuesta que el ejercitante da a Dios, sino el de las mociones y pensamientos que «siente» [cf. 17], y que el ejercitante ha de sentirse siempre libre en todo lo que hace, sin la menor sombra de coacción. Por otro lado, la persona que da ejercicios no ha de ser necesariamente sacerdote, como es obvio.

En cualquier caso, es bueno que la confesión se realice en un momento ya avanzado de los Ejercicios, por lo general en Primera Semana, de modo que el ejercitante viva este gesto como sacramentalización de la experiencia de la misericordia ya experimentada en su interior durante los días de Ejercicios.

2.5. Conclusión general

Al terminar el comentario sobre el PF, los Exámenes y la confesión general con la comunión, podemos llegar a estas conclusiones que iluminan la aplicación de los Ejercicios, siempre necesaria.

El PF por un lado, y los exámenes y la confesión general y comunión por otro, forman como los dos batientes de la puerta de entrada de los Ejercicios²⁹. El PF abre a una visión general del sentido de la vida cristiana, los Exámenes y la confesión general con la comunión orientan hacia la

dimensión particular y práctica de la vida cristiana. Dicho de otro modo, son dos caras de una misma realidad que se implican recíprocamente.

Consecuentemente, abriendo los dos batientes el ejercitante se va introduciendo en la tarea de “hacer” los ejercicios; es decir, va pasando de la consideración a la realización.

La parte de Exámenes –confesión– comunión no sólo pertenece al mismo curso de los Ejercicios, sino que puede aislarse de ellos y constituir una forma de iniciación a una vida cristiana más seria³⁰. Además, es un excelente modo de preparación a la práctica de los Ejercicios completos, como lo muestra el método seguido por Iñigo con su amigo Pedro Fabro, al cual preparó con estos recursos durante cuatro años³¹.

Finalmente, como ha aparecido en todo lo que precede, las diversas orientaciones comentadas de los Ejercicios Espirituales encierran de forma embrionaria o implícitamente referencias a partes importantes de los Ejercicios completos: PF, discernimiento, oración personal, contemplación para alcanzar amor. Esto indica que la persona que acompaña, como fue el caso de Iñigo, ha de estar siempre atenta a la riqueza espiritual de las distintas prácticas, a la experiencia espiritual que suscitan y a los deseos interiores y demandas que brotan en el corazón del ejercitante. Los caminos que nos introducen al encuentro con Dios pueden ser muy modestos, pero Dios es infinito en su Amor y no tiene normas que le aten en su deseo de comunicarse.

2. PRIMERA SEMANA

La Primera Semana es el comienzo del proceso de los Ejercicios que se dirige a «buscar y hallar...» [1]. Es, pues, la preparación de esta tarea de exploración espiritual:

1) *Purificar la “mirada del corazón”,* ya que se trata de ver con claridad lo que hace referencia a la *vida* cristiana.

2) *Vivir un encuentro con el Señor en la realidad concreta* del mundo y de la propia vida, que están marcados por el mal y el pecado: conocimiento, sentido del pecado y experiencia personal de la misericordia, que lleva a una respuesta generosa.

1. TODO ES GRACIA

Conviene tener muy presente que el objetivo de los distintos ejercicios particulares o de las etapas de la experiencia de los Ejercicios Espirituales se expresan a través de las diferentes peticiones y coloquios. Y, aunque en la práctica del ejercitante no hay que anticipar los distintos momentos del itinerario, por parte de quien da los Ejercicios es muy importante que tenga siempre presente el fin o el

horizonte de cada etapa. Esto vale de modo muy particular en esta Primera Semana ya que, de no tenerse en cuenta, puede convertirse en una experiencia muy negativa. Más bien el ejercitante ha de descubrir en su propio corazón cómo su vida es pura gracia, que «no es cosa de correr o de querer, sino de que Dios es misericordioso» (Rm 9,16). Esto es lo que va recordando el texto ignaciano en sus diver-

esos elementos, desde el coloquio ante Cristo Crucificado [53], con el que culmina el primer ejercicio.

Ya la práctica del PF habrá dispuesto al ejercitante a acoger la oferta de Dios que le propone vivir una vida llena en la relación de amor. Ahora, el ejercitante ve el lado oscuro de su vida, pero en ella descubre hasta dónde llega el amor de Dios. Si en el PF se ha considerado cómo Dios nos ha *criado* para la felicidad en el amor, ahora experimentará, en una especie de experiencia invertida, cómo la profundidad del desamor humano provoca la locura del amor de Dios, que «de Criador es venido a hacerse hombre, y de vida eter-

na a muerte temporal, y así a morir por mis pecados» [53]. Vergüenza y confusión por un lado, y misericordia por otro, se unen en la misma experiencia.

Hay que distinguir cuidadosamente la *sustancia* o contenido de las materias de las cinco meditaciones de la Primera Semana de las formas de presentarlas, ya que el “revestimiento” puede ofrecer dificultades: el mito de Adán y Eva, los ángeles y su caída, la persona condenada por un solo pecado mortal, el infierno, y, en general, algunas imágenes y el lenguaje empleado. Todo esto hay que adaptarlo convenientemente, pero con pleno conocimiento de “lo que se busca”.

2. LOS CINCO EJERCICIOS

2.1. «Un caballero... avergonzado y confundido» [45-54]

[45] PRIMER EJERCICIO ES MEDITACIÓN CON LAS TRES POTENCIAS SOBRE EL PRIMERO, SEGUNDO Y TERCER PECADO. CONTIENE EN SÍ, DESPUÉS DE UNA ORACIÓN PREPARATORIA Y DOS PREÁMBULOS, TRES PUNTOS PRINCIPALES Y UN COLOQUIO.

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

[47] El primer preámbulo es composición viendo el lugar. Aquí es de notar que en la contemplación o meditación visible, así como contemplar a Cristo nuestro Señor, el cual es visible, la composición será ver con la vista de la imaginación el lugar corpóreo donde se halla la cosa que quiero contemplar. Digo el lugar corpóreo, así como un templo o monte, donde se halla Jesucristo o Nuestra Señora, según lo quiero contemplar. En la invisible, como es aquí de los pecados, la composición será ver con la vista imaginativa y considerar mi ánima ser encarcelada en este cuerpo corruptible y todo el compósito en este valle, como desterrado entre

brutos animales; digo todo el compuesto de ánima y cuerpo.

[48] El segundo es demandar a Dios Nuestro Señor lo que quiero y deseo. La demanda ha de ser según subycta materia, es a saber, si la contemplación es de resurrección, demandar gozo con Cristo gozoso; si es de pasión, demandar pena, lágrimas y tormento con Cristo atormentado. Aquí será demandar vergüenza y confusión de mí mismo, viendo cuántos han sido dañados por un solo pecado mortal, y cuántas veces yo merecería ser condenado para siempre por mis tantos pecados.

[49] Nota. Ante todas contemplaciones o meditaciones, se deben hacer siempre la oración preparatoria sin mudarse y los dos preámbulos ya dichos, algunas veces mudándose, según subycta materia.

[50] El primer punto será traer a la memoria sobre el primer pecado, que fue de los ángeles, y luego sobre el mismo el entendimiento discurriendo, luego la voluntad, queriendo todo esto memorar y entender por más me envergonzar y confundir, trayendo en comparación de un pecado de los ángeles tantos pecados míos; y donde ellos por un pecado fueron al infierno, cuántas veces yo he merecido por tantos. Digo traer en memoria el pecado de los ángeles, cómo siendo ellos criados en gracia, no se queriendo ayudar con su libertad para hacer reverencia y obediencia a su Criador y Señor, viniendo en superbia, fueron convertidos de gracia en malicia, y lanzados del cielo al infierno; y así consecuentemente discurrir más en particular con el entendimiento,

to, y consecuentemente moviendo más los afectos con la voluntad.

[51] El segundo: hacer otro tanto, es a saber, traer las tres potencias sobre el pecado de Adán y Eva, trayendo a la memoria, cómo por el tal pecado hicieron tanto tiempo penitencia, y cuánta corrupción vino en el género humano, andando tantas gentes para el infierno. Digo traer a la memoria el segundo pecado de nuestros padres; cómo después que Adán fue criado en el campo damaceno y puesto en el paraíso terrenal y Eva ser criada de su costilla, siendo vedados que no comiesen del árbol de la ciencia y ellos comiendo y asimismo pecando, y después vestidos de túnicas pellicéas y lanzados del paraíso vivieron sin la justicia original, que habían perdido, toda su vida en muchos trabajos y mucha penitencia, y consecuentemente discurrir con el entendimiento más particularmente, usando de la voluntad como se ha dicho.

[52] El tercero: asimismo hacer otro tanto sobre el tercer pecado particular de cada uno que por un pecado mortal es ido al infierno, y otros muchos sin cuento por menos pecados que yo he hecho. Digo hacer otro tanto sobre el tercer pecado particular, trayendo a la memoria la gravedad y malicia del pecado contra su Criador y Señor, discurrir con el entendimiento, cómo en el pecar y hacer contra la bondad infinita justamente ha sido condenado para siempre, y acabar con la voluntad como se ha dicho.

[53] Coloquio. Imaginando a Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz, hacer un coloquio, cómo de Criador es venido a hacerse hombre y de

vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados. Otro tanto mirando a mí mismo lo que he hecho por Cristo, y lo que hago por Cristo, lo que debo hacer por Cristo, y así viéndole tal, y así colgado de la cruz discurrir por lo que se ofreciere.

[54] El coloquio se hace propiamente hablando así como un amigo habla a otro o un siervo a su señor; cuándo pidiendo alguna gracia, cuándo culpándose por algún mal hecho, cuándo comunicando sus cosas y queriendo consejo en ellas; y decir un *Pater noster*.

2.1.1. La iniciación en la oración

Si se prescinde de la materia de la oración, de la cual se acaba de hablar, es importante prestar atención a la pedagogía que a partir de esta semana se propone. Luego se irá acomodando, pero a partir de lo iniciado en la Primera Semana. El ritmo de la oración viene señalado por un *esquema* que contiene una base común y unas variantes de acuerdo con las distintas materias:

1) Entrada en oración: Es de especial importancia en esta semana primera, que tiene el riesgo de convertirse en un ejercicio de excesiva introspección, lo que recomienda Ignacio para toda oración: «alzado el entendimiento arriba, considerando cómo Dios nuestro Señor me mira» [75]. Empezar, pues, sintiéndose bajo la mirada amorosa de Dios que nos conoce por nuestro nombre.

– Oración preparatoria [46]: Es la actualización constante del PF ya que los Ejercicios tienen como ob-

jetivo ordenar la vida según la voluntad divina, que es nuestra felicidad. Por tanto, no sólo la intención (“intenciones”) ha de ser recta mirando al fin para el cual soy creado, sino también las actividades exteriores (“acciones”) y obras para con uno mismo, así como los procesos espirituales, intelectuales o físicos (“operaciones”) que están implicados en cualquier toma de decisión (J. Calveras).

– «Composición viendo el lugar» [47]. También se dan las expresiones más simples: «composición» [65, 232], «ver el lugar» [202], aunque «composición viendo el lugar» es la más frecuente. Evidentemente, se trata de una ayuda para implicar la imaginación en la oración, ya que ora todo el hombre y todo el hombre ha de ser transformado en todas sus dimensiones. Precisamente por este carácter integrador de la experiencia de los Ejercicios, no parece excesivo ver en la frase más repetida, «composición viendo el lugar», una propuesta de disposición personal de quien trata de ver el lugar.³²

– «Demandar a Dios nuestro Señor lo que quiero y deseo» [48]. Cada ejercicio tiene su finalidad propia, la cual ha de ser objeto del deseo del ejercitante y que se ha de alimentar durante el día [cf. Adiciones 1ª y 2ª: 73, 74]. A la vez, los Ejercicios son obra de la gracia y por esto se ha de «demandar lo que quiero y deseo».

2) «Puntos» [50-52]: Los puntos, «con breve o sumaria declaración», constituyen la materia de la meditación o contempla-

ción que han de ser objeto de la elaboración personal conducida por la gracia, según la indicación de la anotación 2ª [2].

3) «Coloquio» [53-54]. Como lo expresa todo el conjunto de estos dos números, es un momento especialmente denso de la relación con el Señor, que se ha desarrollado a lo largo del ejercicio. Aquí tiene especial importancia aquella «mayor reverencia» de la que habla la anotación 3ª [3]. Obviamente no se trata de temor ya que el coloquio debe revestir el carácter de una relación de amigo a amigo y, además, siempre termina con el *Pater noster*.

Con todo ello puede verse cómo la oración que se propone en los Ejercicios sigue en sus líneas fundamentales la *lex orandi* de la liturgia. Con formas muy variadas, la liturgia siempre empieza con una *entrada*, luego sigue el *cuerpo* o centro de la oración para terminar con una *conclusión* o despedida. En el fondo, es la ley vital de toda relación, que, si es humana, está contenida entre un «hola» y un «adiós».

2.1.2. La oración en esta Primera Semana

Dentro de este esquema común para todas las Semanas, cada meditación o contemplación tiene sus propias peculiaridades que se expresarán en los contenidos distintos de la composición de lugar, de la petición y de los puntos según la materia. También el modo de orar se acomodará no sólo a la materia, sino también a los variados momentos del proceso del ejercitante, a los cuales ha de responder el coloquio.

Una larga tradición, que encuentra en Ramon Llull uno de los exponentes más

preclaros, y que tal vez fue inspirador de Ignacio, integra las tres potencias en la práctica de la oración³³. Ignacio, ávido de implicar en Ejercicios toda la persona humana con todas sus capacidades o dimensiones, propone en el primer ejercicio un modo en que las potencias del alma aporten cada una su propia capacidad para adentrarse en el misterio o realidad meditada. Esta manera un tanto esquemática de tres pistas queda más bifurcada en el segundo ejercicio. A lo largo de los Ejercicios las tres potencias seguirán ejerciendo su aportación contemplativa, aunque sin la rigidez que pide un primer momento en la oración de los ejercicios.

Sin embargo, memoria (autopresencia), entendimiento (autoconciencia) y voluntad (autodeterminación) no son meros instrumentos exteriores para acceder al pecado, objeto de la meditación, sino que son la manifestación de la intimidad más profunda de la persona. Mediante las tres potencias el ejercitante desvela la «*imago Trinitatis*» pervertida por el pecado que hace sentirnos pecadores precisamente en esta estructura trinitaria», ya que nuestro espíritu abierto a Dios «está dotado de una especie de presencia, de conocimiento y de posibilidad de cumplir la voluntad de Dios»³⁴ y, con todo, se reconoce como bloqueando esta honda posibilidad innata en él.

La meditación tiene un carácter de iniciación a la oración más activa que la contemplación, que es más pasiva. En la meditación se tiende más a sacar conclusiones prácticas, mientras que en la contemplación el ejercitante ha de *reflectir*, es decir, ha de dejarse interpelar, ha de vivir más que pensar, ha de esperar el don de Dios.

Sin embargo, en la práctica, no siempre se hará una clara distinción entre la meditación y la contemplación. El mismo Ignacio, que propone meditaciones en la primera semana, dice que hay que volver sobre «las cosas contempladas» [64]. La meditación es más abstracta en su contenido y más activa; mientras que la contemplación, centrada en pasajes evangélicos, es más visible y, mediante el *reflectir* (que no es reflexionar sino dejarse impactar), es más pasiva. La experiencia de oración de la persona que se ejercita ayudará a precisar la manera más apropiada de oración en los distintos casos.

2.1.3. *Materia de la meditación*

Los Ejercicios, como el Evangelio, han de ser una escuela de realismo. Ante el amor de Dios, que nos llama por pura gratuidad a una vida plena, sentimiento vivido en el PF, el ejercitante ha de sentirse avergonzado de su respuesta a tanto amor. Para predisponer el espíritu a este ejercicio de la Primera Semana, Ignacio sugiere que el ejercitante trate de sentirse «como si un caballero se hallase delante de su rey y de toda su corte, avergonzado y confundido de haberle mucho ofendido, de quien primero recibió muchos dones y muchas mercedes» [74]. Con lo cual ya se insinúa que el pecado es un problema de relación amorosa traicionada.

Para esto, Ignacio pone al ejercitante ante situaciones que ayudan a desenmascarar la realidad verdadera del pecado. La meditación del mal uso de la libertad de los ángeles ayuda a considerar la oscuridad del mundo, haciendo caer en la cuenta de que lo más espiritual o lo más elevado se corrompe: la inteligencia, la

libertad, las relaciones humanas, la religión, etc. Es más, el corazón o el espíritu es la misma raíz del pecado, que es siempre apropiación o apoderamiento, que se *historiza*.

Para tomar conciencia de que vivimos en una historia de mal, Ignacio propone meditar el pecado de Adán y Eva, como paso hacia la consideración de la carga de pecado que conlleva la condición humana, «en pecado me concibió mi madre» (Salmo 51). Desde los orígenes hasta nuestros días, el «misterio de iniquidad» (2Tes 2,7), el dinamismo del pecado, ha tomado cuerpo en las mil realidades que deberían también “avergonzar” a la humanidad: odio y mentira, explotación y marginación, guerra y hambre, menosprecio del hombre que es olvido de Dios... En resumen, el pecado anida en el corazón humano, crea mecanismos de maldad y produce víctimas. A su vez, el mal arraizado en la sociedad y en la larga historia de la humanidad contamina, seduce y arrastra a la complicidad. Esta historia que arranca desde los orígenes de la humanidad nos alcanza en nuestro hoy, si no cerramos los ojos a la insultante realidad de las mayorías de nuestro mundo

También se invita al ejercitante a que se dé cuenta de la malicia que encierra el pecado, un solo pecado, cuando es fruto de la libertad y conciencia humanas [52]³⁵, ya que es una fuerza deshumanizadora. No se trata de consideraciones tremendistas, sino de un baño de realismo. En esta experiencia hay que superar el riesgo de «concentrarse demasiado en la acción del pecador de modo que se olvide del todo la Víctima del pecado»³⁶, pero sin olvidar que «el pecado en tanto ofende a Dios en cuanto daña al hombre»³⁷.

Por esto, este misterio de iniquidad objeto de la meditación se hace más patente ante la imagen del Crucificado [53]: «Imaginando a Cristo en cruz» se nos revela cómo el pecado «crucifica al Hijo de Dios» (Heb 6,6) y también revela la *ira* de Dios, es decir el amor de Dios afectado y dolido (cf. Rm 1,18), de un Dios «con sentimientos» (Orígenes). En esta contemplación el ejercitante siente hondamente y de un modo único cómo Jesucristo no ha venido a condenar, sino a salvar, porque «el Juez es a la vez el Salvador» (Karl Barth).

2.2. Dolor, lágrimas, misericordia [55-61]

[55] SEGUNDO EJERCICIO ES MEDITACION DE LOS PECADOS, Y CONTIENE EN SI, DESPUES DE LA ORACION PREPARATORIA Y DOS PREÁMBULOS, CINCO PUNTOS Y UN COLOQUIO.

Oración preparatoria sea la misma.

El primer preámbulo será la misma composición.

El segundo es demandar lo que quiero: será aquí pedir crecido y intenso dolor y lágrimas de mis pecados.

[56] El primer punto es el proceso de los pecados, es a saber, traer a la memoria todos los pecados de la vida, mirando de año en año o de tiempo en tiempo; para lo cual aprovechan tres cosas: la primera, mirar el lugar y la casa adonde he habitado; la segunda, la conversación que he tenido con otros; la tercera, el oficio en que he vivido.

[57] El segundo, ponderar los pecados, mirando la fealdad y la malicia que cada pecado mortal cometido tiene en sí, dado que no fuese vedado.

[58] El tercero, mirar quién soy yo, disminuyéndome por ejemplos: primero, cuánto soy yo en comparación de todos los hombres; segundo, qué cosa son los hombres en comparación de todos los ángeles y santos del paraíso; tercero, mirar qué cosa es todo lo criado en comparación de Dios: pues yo solo ¿qué puedo ser?; cuarto, mirar toda mi corrupción y fealdad corpórea; quinto, mirarme como una llaga y postema, de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan turpísima.

[59] El cuarto, considerar quién es Dios, contra quien he pecado, según sus atributos, comparándolos a sus contrarios en mí: su sapiencia a mi ignorancia, su omnipotencia a mi flaqueza, su justicia a mi iniquidad, su bondad a mi malicia.

[60] El quinto, exclamación admirativa con crecido afecto, discurriendo por todas las criaturas, cómo me han dejado en vida y conservado en ella; los ángeles, como sean cuchillo de la justicia divina, cómo me han sufrido y guardado y rogado por mí; los santos cómo han sido en interceder y rogar por mí; y los cielos, sol, luna, estrellas, y elementos, frutos, aves, peces, y animales; y la tierra cómo no se a abierto para sorberme, criando nuevos infiernos para siempre penar en ellos.

[61] Coloquio. Acabar con un coloquio de misericordia, razonando y dando gracias a Dios nuestro Señor porque me ha dado vida hasta ahora, proponiendo enmienda con su gracia para adelante. *Pater noster*.

2.2.1. *Juzgados por el Amor*

La mirada meditativa a la realidad del mal fuera de uno mismo, realizada en el primer ejercicio, es como el espejo que nos devuelve a nosotros mismos. Después de esa mirada hacia afuera, el segundo ejercicio aborda la perspectiva personal: meditar la historia propia de pecado. No se trata de un examen de conciencia para confesarse (en uno de los directorios se dice que hay que mirar la realidad «a bulto»³⁸), sino de una lectura complexiva de la realidad de mal instalado en la propia existencia. «Para lo cual aprovechan tres cosas: la primera, mirar el lugar y la casa adonde he habitado; la segunda, la conversación que he tenido con otros; la tercera, el oficio en que he vivido» [56]. Porque el pecado no es un puro sentimiento, sino una manera de situarnos en el mundo, en el entorno, en nuestras relaciones, ya que ciertamente nace de dentro, pero se objetiviza. La persona que hace el acompañamiento, “con breve o sumaria declaración” debe ayudar al ejercitante a que no eluda el considerar la profundidad y extensión del pecado (personal, social, estructural), superando la fácil tentación de un espiritualismo evasivo e intimista. Porque no hay conversión a Dios sin conversión al amor a los hombres y a las exigencias de la justicia.

Esta meditación del pecado no se hace ante la ley, como si el mal fuese simplemente la transgresión de una norma, sino considerando la mismísima realidad del mal como tal, que por ser mal está prohibido: «mirando la fealdad y malicia de cada pecado mortal cometido tiene en sí, dado que no fuese vedado» [57]. Cuando se hace o se deja de hacer porque está prohibido, no hay verdadera libertad. Aquí

hay que tener en cuenta que por “pecado mortal” debe entenderse “pecado capital”, como se usa en muchos escritores espirituales como García Cisneros, Teresa de Jesús y Juan de la Cruz³⁹. Pecado *capital* pone de relieve la disposición de la persona más que la misma acción cometida, y esta disposición se hace más consciente mediante las consideraciones que se proponen en el tercer punto: «mirar quién soy yo, disminuyéndome por ejemplos...» [58]. Pero, aún así, el ejercitante no es todo maldad porque ha sido objeto del amor de Dios [cf. 65, 74] y en su vida no ha faltado el bien «hecho por Cristo» [cf. 53].

Así se comprende mejor el giro que dan los cuarto y quinto puntos. El ejercitante se coloca ante Dios, Bondad Infinita, «contra quien he pecado» [59] y prorrumpa en una «exclamación admirative» al sentirse totalmente inmerso en una nube de intercesores (ángeles y santos) y toda la creación, en vez de hablarle en un abismo devorador, y constatar cómo todas las criaturas «me han dejado en vida, y conservado en ella» [60]. De este modo, el ejercitante contempla el pasado con mirada nueva y vive el presente con la gran admiración, expresada con cuatro «cómo» [60], de una existencia reconciliada y acompañada. Más adelante, repetidas veces, el ejercitante volverá a revivir de distintos modos esta existencia acompañada [63, 98, 151, 232], algo característico del cristianismo, «religión de los rostros» (Madeleine Delbrêl)⁴⁰.

2.2.2. *Esperar desde el abismo*

Las dos primeras meditaciones llevarán al ejercitante a darse cuenta de que estamos hundidos en el abismo, y ésta es la verdad de nuestra historia humana, que hemos de

reconocer con una mirada realista al mundo de hoy en toda su extensión de personas, países, sistemas políticos y económicos. Sin embargo, desde este abismo esperamos confiadamente la salvación, «como el centinela aguarda la aurora» (Salmo 130). Lo grave es, al decir de san Agustín, la ignorancia de que nos hallamos en este abismo: «verdaderamente se halla en el abismo quien ignora que se halla en el abismo».

Por tanto, de la vergüenza, que es un sentimiento de honradez con lo real, se pasa al dolor hondo y así se experimenta la misericordia como tal. De lo contrario, sin la vergüenza y el dolor, la vivencia de la misericordia sería un sentimiento totalmente ficticio. ¿De qué tiene misericordia y me perdona el Señor si no reconozco ni siento mi pecado? En esta experiencia de la misericordia del Señor vivo la relación real con un Dios que vino a un mundo que andaba en las tinieblas de la muerte, pero que ha venido a salvar, no a condenar: «Si nuestro corazón nos acusa, Dios es mayor que nuestro corazón» (1Jn 3,20). Paradójicamente el mal se convierte en experiencia de relación amorosa entre un Dios que es todo ternura y bondad, y un pobre pecador que se siente agradecido, movido al amor e incluso alegre, como experimentó Ignacio: «soy todo impedimento; y desto siento mayor contentamiento y gozo espiritual en el Señor nuestro...»⁴¹. Porque «el pecado es la herida por donde penetra la gracia» (Charles Péguy).

Puesto que la finalidad de estos ejercicios no es hundirse en una visión morbosa y desesperanzada, la persona que acompaña ha de tener muy en cuenta el horizonte del camino que el ejercitante está recorriendo: la experiencia de la mise-

ricordia. Los coloquios de estos ejercicios son diáfanos: Jesús me ama y se ha abajado hacia mí, hasta «morir por mis pecados». Y la respuesta es la del amor, pensando «lo que debo hacer por Cristo» [53]. Y en el segundo ejercicio, cuando el ejercitante se ha enfrentado ya con la propia historia (no una crónica detallista) de pecado, puede «acabar con un coloquio de misericordia, razonando y dando gracias a Dios nuestro Señor» [61]. Porque el Dios de la revelación cristiana no es ni un Dios que condena, ni tampoco un Dios que premia nuestros éxitos, sino un Dios que abraza⁴².

2.3. La trama del mal [62-63]

[62] TERCERO EJERCICIO ES REPETICION DEL PRIMERO Y SEGUNDO EJERCICIO, HACIENDO TRES COLOQUIOS.

Después de la oración preparatoria y dos preámbulos, será repetir el primero y segundo ejercicio, notando y haciendo pausa en los puntos que he sentido mayor consolación o desolación o mayor sentimiento espiritual; después de lo cual haré tres coloquios de la manera que se sigue:

[63] El primer coloquio a nuestra Señora, para que me alcance gracia de su Hijo y Señor para tres cosas: la primera, para que sienta interno conocimiento de mis pecados y aborrecimiento dellos; la segunda, para que sienta el desorden de mis operaciones, para que, aborreciendo, me enmiende y me ordene; la tercera, pedir conocimiento del mundo, para que, aborreciendo, aparte de mí las cosas

mundanas y vanas; y con esto un *Ave María*.

El segundo, otro tanto al Hijo, para que me alcance del Padre; y con esto el *Anima Christi*.

El tercero, otro tanto al Padre, para que el mismo Señor eterno me lo conceda; y con esto un *Pater noster*.

Ya en el primer ejercicio aparece la pregunta que se hace el ejercitante que desea responder al amor que Cristo le muestra: «lo que debo hacer por Cristo». Ahora, en un clima de súplica confiada a María, a Jesús y al Padre, llevado por el Espíritu [63]⁴³, la persona que se ejercita trata de hacerse más y más transparente y de erradicar de su vida lo que le aleja del Dios, en el que no hay tiniebla alguna. El objetivo concreto de esta repetición es liberarse del mal que está formado por una trama de hilos que nos atenazan. Pero conviene destacar lo ya dicho, que la repetición es una manera de ejercitarse dentro del ámbito de una relación personal, movida por el Espíritu, con María, con Cristo y con el Padre como término, que es el «Señor eterno» [63], con el cual se encontrará en el siguiente ejercicio, en la meditación del infierno [65]. Por esto, la insistencia en que se terminen las distintas meditaciones o contemplaciones con el *Pater noster* no es algo de menor importancia en el proceso de los Ejercicios⁴⁴.

El objeto de la súplica es en primer lugar, el pecado propiamente tal, es decir, el mal objetivo y consciente que es fruto de un acto libre, que posiblemente tiene todavía poder en la vida del ejercitante en las mil formas que se presenta en el NT (Evangelios, Romanos, Efesios, Colosenses). Hay que llegar al «interno conoci-

miento de mis pecados» [62], que para Ignacio implica una relación personal, ya que el pecado no es algo que se hace, sino una relación que se rompe o se deteriora⁴⁵. Y, por tanto, ha de ser un conocimiento *sentido*, y así se pide «que sienta interno conocimiento».

Una vida de alianza con el que tanto hace «por mí» y que llega a morir «por mis pecados» [53] pide una finura de espíritu que avizora todo aquello que, aunque se sitúe tal vez en la zona del semi-consciente, se halla en la raíz de algunos fallos en la propia vida, de torpezas en las relaciones humanas y de falta de fecundidad en el trabajo o apostolado. Este es el objetivo de la segunda petición: «que sienta el desorden de mis operaciones» [63]. «El desorden de mis operaciones» puede recubrir toda una serie de actitudes personales que, sin ser en sí mismas malas, son aliadas de faltas o limitaciones personales: individualismo, pereza, miedo, falta de decisión y de energía, precipitación y superficialidad, ligereza, etc. En definitiva, actitudes o cualidades no integradas en la dirección del evangelio y que, por tanto, nos pueden traicionar con frecuencia tanto en nuestra vida personal, como en las relaciones con los demás o en nuestras actividades.

También hay criterios y modos de proceder antievangélicos en el entorno del ejercitante —«mundo» y «cosas mundanas y vanas» [63]— que, tal vez de modo poco consciente, le influyen, le contaminan y le llevan a comportamientos contrarios a lo que le pide el amor al Señor, el cual ha de ser «no de palabra, sino con obras y de verdad». El ejercitante ha de ir abriendo los ojos, de modo adulto, sin miedo, pero sin claudicaciones a la realidad tan poco

evangélica que no sólo le rodea, sino que le contamina: la codicia, el afán de prestigio, la eficacia en los negocios o en la acción social a cualquier precio, la valoración de las personas por su posición económica, etc.⁴⁶. El «conocimiento del mundo», es pues la gracia perdida en tercer lugar.

He dicho repetidamente que el clima ha de ser de una súplica confiada para afinar la sensibilidad espiritual. Por esto aquí hay que estar muy alerta en no dejarse llevar al escrúpulo (para esto Ignacio ofrece unas breves notas: 345-351), ni a un espíritu meticuloso y estrecho. Más bien hay que partir de la convicción de que Jesús sabe que ya producimos fruto, pero que necesitamos la poda del Padre para producir un fruto más copioso (cf. Jn 15,1-17). Y, para esto no se trata de realizar un análisis cerebral y frío, sino de un *sentir* que lleve al *aborrecer*, para así pasar a las obras. Porque no basta una fuerte determinación de la voluntad cuando la persona conserva un cierto gusto o atractivo respecto del mal cometido. Por esto la transformación de la afectividad, que es el fin inmediato de los Ejercicios [cf. 1],⁴⁷ pone la base más sólida para el cambio total de la vida, toda ella orientada puramente «en servicio y alabanza de su divina majestad» [6]. «Aborrecer el mal, adherirse al bien», dirá Pablo (Rm 12,9).

La repetición, una forma de orar

Es la primera vez que aparece en los Ejercicios la *repetición* [62-63], una forma de orar que se irá haciendo habitual a lo largo de todo el mes y constituye la mayor parte de los ejercicios que se practicarán. Durante la Segunda Semana se propondrán tres repeticiones sobre un “misterio”

evangélico, sin contar con el “traer los sentidos”, que es una forma más elevada de repetición. Por tanto, en este ejercicio tercero de la Primera Semana conviene enfocar bien el carácter de esta manera de orar: no es volver sobre una materia con distintos textos, sino orar a partir de los sentimientos que el Señor ha suscitado en las oraciones anteriores «en los puntos que he sentido mayor consolación o desolación o mayor sentimiento espiritual». Esta forma de orar con el carácter de diálogo íntimo y prolongado en que consiste el coloquio con María, con Jesús y con el Padre, se dirige a un cambio de la sensibilidad espiritual (*sentir*, *aborrecer*). Todo ello constituye un primer paso de mucha importancia para enfocar los Ejercicios en la línea de la transformación de la afectividad, que es su objetivo: «quitar de sí todas las afecciones desordenadas» [1].

2.4. «Resumiendo» [64]

[64] CUARTO EJERCICIO ES RESUMIENDO ESTE MISMO TERCERO.

Dije resumiendo, porque el entendimiento sin divagar discurra asiduamente por la reminiscencia de las cosas contempladas en los ejercicios pasados, y haciendo los mismos tres coloquios.

El camino recorrido habrá dejado en el ejercitante un sinnúmero de pensamientos, constataciones, ideas, propósitos, miedos, etc., que conviene no dejar que se desvanezcan. Todo ello puede constituir un conjunto de semillas fecundas para el

futuro, pero es preciso concienciarlo, retenerlo, arracimarlo en una cierta unidad y armonía. Ignacio propone una práctica sencilla pero prometedora: «el entendimiento, sin divagar, discurra por las reminiscencias de las cosas contempladas» [64]. No se trata de avanzar en extensión meditando materias nuevas, sino de una tarea de la inteligencia espiritual. Tampoco se trata de un raciocinio especulativo sino de recoger las reminiscencias, es decir, lo que se ha depositado ya en el recuerdo de las horas anteriores de meditación. La referencia a las «cosas contempladas» y el recurso a los tres coloquios ya propuestos para el ejercicio anterior muestran el carácter de verdadera experiencia espiritual del «resumiendo», que no es la síntesis de un estudio sino el «volver a sumir» o asimilar mejor lo ya contemplado anteriormente «haciendo los mismos tres coloquios»⁴⁸. Así, el discurrir «asiduamente por la reminiscencia de las cosas contempladas» se convierte en una oración de gratitud: «Bendice alma mía al Señor y no te olvides de sus beneficios» (Salmo 103).

2.5. Amor maduro, amor humilde [65-71]

[65] QUINTO EJERCICIO ES MEDITACION DEL INFIERNO; CONTIENE EN SI, DESPUES DE LA ORACION PREPARATORIA Y DOS PREÁMBULOS, CINCO PUNTOS Y UN COLOQUIO.

La oración preparatoria sea la sálita.

El primer preámbulo composición, que es aquí ver con la vista de la ima-

ginación la longura, anchura y profundidad del infierno.

El segundo, demandar lo que quiero: será aquí pedir interno sentimiento de la pena que padecen los dañados, para que si del amor del Señor eterno me olvidare por mis faltas, a lo menos el temor de las penas me ayude para no venir en pecado.

[66] El primer punto será ver con la vista de la imaginación los grandes fuegos, y las ánimas como en cuerpos ígneos.

[67] El segundo, oír con las orejas llantos, alaridos, voces, blasfemias contra Cristo nuestro Señor y contra todos sus santos.

[68] El tercero, oler con el olfato humo, piedra azufre, sentina y cosas pútridas.

[69] El cuarto. gustar con el gusto cosas amargas, así como lágrimas, tristeza y el verme de la consciencia.

[70] El quinto, tocar con el tacto, es a saber, cómo los fuegos tocan y abrazan las ánimas.

[71] Coloquio. Haciendo un coloquio a Cristo nuestro Señor, traer a la memoria las ánimas que están en el infierno, unas, porque no creyeron el advenimiento, otras, creyendo, no obraron según sus mandamientos, haciendo tres partes:

La primera, antes del advenimiento.

La segunda en su vida.

La tercera después de su vida en este mundo; y con esto darle gracias, porque no me ha dejado caer en ninguna destas, acabando mi vida. Asi-

mismo, cómo hasta ahora siempre ha tenido de mí tanta piedad y misericordia, acabando con un *Pater noster*.

El infierno es un tema que reaparece en la historia actual, como realidad espantosa: en los campos de concentración, Gulag, Treblinka y Sarajevo, Ruanda y Burundi, torres gemelas y Atocha, hambrunas y exterminios, etc., y también en la literatura y cultura actuales. Los hechos parecen dar la razón a Jean Paul Sartre: «el infierno son los otros». Realmente la persona humana no puede vivir en una especie de inocencia insultante, ya que el infierno no sólo se padece sino que se genera.

Sin embargo, la perspectiva cristiana no puede ser la de una mirada simplemente negativa, fatalista y deprimente. Porque Dios ha enviado a su Hijo no a condenar sino a salvar (cf. Jn 3,17) y, como dice el autor de la carta a los Hebreos, «estamos convencidos de que vosotros, hermanos queridos, estáis del lado de la salvación» (Heb 6,9). Sin embargo, es cierto que hemos de defendernos de una autosuficiencia engañosa y dañina no sólo para uno mismo, sino para los demás. «Aunque todos te dejen, yo no...» (Mt 26,33). Los Ejercicios son una pedagogía de la afectividad, del amor, que es la sustancia del cristianismo. Y con el amor no se juega. No valen las declaraciones precipitadas, las corazonadas, las promesas de fidelidad irreflexivas... La historia evangélica de Simón Pedro es ejemplar de cómo un amor muy espontáneo, bienintencionado, irreflexivo, puede llevar al fracaso. Ya hace años que Emmanuel Mounier sostenía que frente a la enfer-

medad de la culpabilidad, todavía no desarraigada del todo en muchos, se daba la “enfermedad de la inocencia”, el creernos demasiado seguros de nosotros mismos, el creernos distintos de los demás, el creernos con fuerzas para todo. El mismo Pedro nos revela cómo el amor maduro es muy modesto, muy poco seguro en sí mismo, y por tanto plenamente confiado en el otro. «Tú sabes que te amo», le responderá a la pregunta de Jesús sobre el amor.

La exégesis bíblica y la teología nos han conducido a comprender mejor los relatos escatológicos de los evangelios. Éstos no nos hablan tanto del más allá cuanto del más acá. Es decir, el evangelio nos dice rotundamente que Dios ha enviado a su Hijo para salvar, no para condenar y Pablo nos recuerda que ya estamos salvados en esperanza (cf. Rm 8,24). Sin embargo, los relatos escatológicos nos revelan cómo el hombre tiene capacidad de negarse al amor y de autodestruirse y, por consiguiente, nos llaman a la responsabilidad.

La propuesta ignaciana se mueve en esta dirección: apela a la posibilidad del enfriamiento del amor, recuerda la fragilidad de nuestra condición: «si del amor del Señor eterno me olvidare por mis faltas». La experiencia actual de la humanidad nos muestra, por desgracia, de manera hiriente la capacidad de maldad que puede abrigar el corazón humano, tanto en la esfera de lo más privado e íntimo: parejas rotas, mujeres maltratadas, agresiones de jóvenes a ancianos, abandono de personas mayores, etc., y también en la más amplia de todo el mundo: antigua Yugoslavia, Camboya, Ruanda, Burundi, Congo, Irak, Sierra Leona, etc.; las injusticias causantes del hambre y la muerte,

la crisis económica causada en gran parte por la maldad de unos pocos, etc. Fue al final del itinerario de su vida espiritual cuando santa Teresa de Jesús contempló el lugar del infierno donde debería haber estado.

Esta meditación sobre la capacidad destructora del pecado desemboca en la misma experiencia de ejercicios anteriores, en la gratitud: «darle gracias... cómo hasta ahora siempre ha tenido de mi tanta piedad y misericordia» [71]. En definitiva, esta Meditación del Infierno debe llevar al amor agradecido, que es el dinamismo de una auténtica vida cristiana. El grito paulino expresa bien el sentimiento de honda gratitud que genera el conocimiento sentido de lo que es el poder aniquilador del pecado: «¡Desgraciado de mí, ¿quién me librará...? Gracias sean dadas a Dios, por Jesucristo, nuestro Señor!» (Rm 7,24-25a). Una vez purificado y consolidado el amor que ha ido creciendo a lo largo de estos primeros días de ejercicios, el ejercitante puede llegar a sentir cómo el

Señor le dice: «Eres valioso ante mis ojos» (Is 43,4)⁴⁹.

Aplicación de sentidos

El modo de oración propuesto es una forma incipiente de Aplicación de Sentidos, pero más elemental que la que se propone a partir de la Segunda Semana. Al comienzo de los Ejercicios se usan los sentidos “de la imaginación” y se centran en objetos que repelen y no en las personas. En su lugar, en la Segunda Semana se justificará mejor esta diferencia. De momento es útil atenerse a esta acertada opinión de François Marty: «Habíamos indicado que los sentidos intervenían en la Primera Semana en el nivel de *representación de objetos*, desde el ángulo de su carácter *repelente*, efecto de estos objetos en la sensibilidad. En la Segunda Semana se trataba de relaciones de *personas*, con los afectos que provocan. Por esto también, el ‘reflexionar en sí mismo’, que se refiere a estas relaciones, no podía tener lugar en la Primera Semana»⁵⁰.

3. APLICACIONES Y ADAPTACIONES NECESARIAS [72]

[72] Nota. El primer ejercicio se hará a la media noche; el segundo, luego en levantándose a la mañana; el tercero, antes o después de la misa, finalmente que sea antes de comer; el cuarto, a la hora de vísperas; el quinto, una hora antes de

cenar. Esta repetición de horas, más o menos, siempre entiendo en todas las cuatro semanas, según la edad, disposición y temperatura, ayuda a la persona que se ejercita, para hacer los cinco ejercicios o menos.

Como se ha visto ya, en la anotación 18ª, Ignacio da una norma elemental para la práctica de los Ejercicios Espirituales: los Ejercicios «se han de aplicar» a la condición y situación personal del ejercitante. Esto es tan importante que ahora, a propósito de la Primera Semana, vuelve a recordar que en la distribución del horario y en la cantidad de *ejercicios* se deberá atender a «la edad, disposición y temperatura» (fuerzas y temperamento) del ejercitante. Para esta aplicación y para las adaptaciones necesarias a las que voy a referirme, es fundamental partir de la calidad verdaderamente espiritual del acompañamiento, porque «el guía no es el texto, sino la lectura del texto inspirada por el Espíritu»⁵¹.

Las distintas aplicaciones que se proponen de los Ejercicios, según lo que se indica en la anotación 18ª, aconsejan también las adaptaciones que deben hacerse. En Ejercicios breves de ocho días o menos, durante un día o un día y medio, conviene centrarse en experiencias fundamentales, sin necesidad de servirse de todas las materias que se proponen en el libro. Por ejemplo, la toma de conciencia del egoísmo, que separa de Dios y es autodestructor y destructor del mundo; confrontarse con la objetividad del mal y el pecado en los otros que facilita el descubrimiento del pecado personal; dejarse

mirar por Cristo crucificado que desenmascara nuestras infidelidades pero nos revela la misericordia de Dios, etc.

También la condición muy distinta de los ejercitantes ha de conducir a distintas maneras de proponer la Primera Semana. Ya san Ignacio decía que en personas más avanzadas en la vida espiritual no conviene detenerse tanto en la Primera Semana⁵². Hoy día puede ser el caso de muchas personas que repiten anualmente los Ejercicios (religiosos y religiosos o seglares de algunas asociaciones) o que tienen una vida cristiana bastante madura. En cambio, seguir con toda exactitud y con un ritmo pausado todos los ejercicios propuestos en el libro es lo más aconsejable para ejercitantes que se hallan en un proceso de iniciación.

Pero, en cualquier caso, las posibles y legítimas adaptaciones de estos ejercicios no deberían llevarnos a un debilitamiento del vigor interno que conllevan y del dinamismo espiritual de una auténtica experiencia de la misericordia de Dios y del agradecimiento en que se ha de hallar el ejercitante al final de la Primera Semana. Ambos sentimientos son sentimientos muy fuertes: sentir que la propia vida sólo se sostiene por el amor misericordioso de Dios y captar que la vida cristiana es una respuesta agradecida a este amor que se nos anticipa⁵³.

3. «ADICIONES»

1. PARA MEJOR HACER Y MEJOR HALLAR

[73] ADICIONES PARA MEJOR HACER LOS EJERCICIOS Y PARA MEJOR HALLAR LO QUE DESEA.

La primera adición es, después de acostado, ya que me quiera dormir, por espacio de un Avemaría pensar a la hora que me tengo de levantar, y a qué, resumiendo el ejercicio que tengo de hacer.

[74] La segunda, cuando me despertare, no dando lugar a unos pensamientos ni a otros, advertir luego a lo que voy a contemplar en el primer ejercicio de la media noche, trayéndome en confusión de mis tantos pecados, poniendo ejemplos, así como si un caballero se hallase delante de su rey y de toda su corte, avergonzado y confundido en haberle mucho ofendido, de quien primero recibió muchos dones y muchas mercedes; asimismo, en el segundo ejercicio, haciéndome pecador grande y encadenado, es a

saber, que voy atado como en cadenas a parecer delante del sumo Juez eterno, trayendo en ejemplo cómo los encarcerados y encadenados ya dignos de muerte parecen delante su juez temporal. Y con estos pensamientos vestirme, o con otros, según subyecta materia.

[75] La tercera, un paso o dos antes del lugar donde tengo de contemplar o meditar, me pondré en pie, por espacio de un *Pater noster*, alzado el entendimiento arriba, considerando cómo Dios nuestro Señor me mira, etc., y hacer una reverencia o humiliación.

[76] La cuarta, entrar en la contemplación, cuándo de rodillas, cuándo prostrado en tierra, cuándo supino rostro arriba, cuándo asentado, cuándo en pie, andando siempre a buscar lo que quiero. En dos cosas advertiremos: la primera es, que si hallo lo que quiero de rodillas, no pasaré adelante, y si prostrado, asimismo, etcétera; la segun-

da, en el punto en el cual hallare lo que quiero, ahí me reposaré, sin tener ansia de pasar adelante, hasta que me satisfaga.

[77] La quinta, después de acabado el ejercicio, por espacio de un cuarto de hora, quier asentado, quier paseándose, miraré cómo me ha ido en la contemplación o meditación; y si mal, miraré la causa donde procede y, así mirada, arrepentirme, para me enmendar adelante; y si bien, dando gracias a Dios nuestro Señor; y haré otra vez de la misma manera.

[78] La sexta, no querer pensar en cosas de placer ni alegría, como de gloria, resurrección, etcétera; porque para sentir pena, dolor y lágrimas por nuestros pecados impide cualquier consideración de gozo y alegría; mas tener delante de mí quererme doler y sentir pena, trayendo más en memoria la muerte, el juicio.

[79] La séptima, privarme de toda claridad para el mismo efecto, cerrando ventanas y puertas el tiempo que estuviere en la cámara, si no fuere para rezar, leer y comer.

[80] La octava, no reír, ni decir cosa motiva a risa.

[81] La nona, refrenar la vista, excepto al recibir o al despedir de la persona con quien hablare.

[82] La décima adición es penitencia, la cual se divide en interna y externa. Interna es dolerse de sus pecados, con firme propósito de no cometer aquellos ni otros algunos; la externa, o fruto de la primera, es castigo de los pecados cometidos, y principalmente se toma en tres maneras:

[83] La primera manera: es cerca del comer, es a saber, cuando quitamos lo superfluo, no es penitencia, mas temperancia; penitencia es, cuando quitamos de lo conveniente, y cuanto más y más, mayor y mejor, sólo que no se corrompa el sujeto, ni se siga enfermedad notable.

[84] La segunda manera: cerca del modo del dormir; y asimismo no es penitencia quitar lo superfluo de cosas delicadas o moles, mas es penitencia, cuando en el modo se quita de lo conveniente, y cuanto más y más, mejor, sólo que no se corrompa el sujeto, ni se siga enfermedad notable, ni tampoco se quite del sueño conveniente, exceptuando si tiene hábito vicioso de dormir demasiado, para venir al medio.

[85] La tercera manera: castigar la carne, es a saber: dándole dolor sensible, el cual se da trayendo cilicios o sogas o barras de hierro sobre las carnes, flagelándose, o llagándose, y otras maneras de asperezas.

[86] Lo que parece más cómodo y más seguro de la penitencia es que el dolor sea sensible en las carnes, y que no entre dentro en los huesos de manera que dé dolor y no enfermedad; por lo cual parece que es más conveniente lastimarse con cuerdas delgadas, que dan dolor de fuera, que no de otra manera que cause dentro enfermedad que sea notable.

[87] La primera nota. Las penitencias externas principalmente se hacen por tres efectos: el primero, por satisfacción de los pecados pasados; segundo, por vencer a sí mismo, es a saber, para que la sensualidad obedez-

ca a la razón y todas partes inferiores estén más subyectas a las superiores; tercero, para buscar y hallar alguna gracia o don que la persona quiere y desea, así como si desea haber interna contrición de sus pecados, o llorar mucho sobre ellos, o sobre las penas y dolores que Cristo nuestro Señor pasaba en su pasión, o por solución de alguna dubitación en que la persona se halla.

[88] La segunda nota: es de advertir que la primera y segunda adición se han de hacer para los ejercicios de la media noche y en amaneciendo, y no para los que se harán en otros tiempos; y la cuarta adición nunca se hará en la iglesia delante de otros, sino en escondido, como en casa, etcétera.

[89] La tercera nota: cuando la persona que se ejercita aún no halla lo que desea, así como lágrimas, consolaciones, etcétera, muchas veces aprovecha hacer mudanza en el comer, en el dormir, y en otros modos de hacer penitencia; de manera que nos mudemos, haciendo dos o tres días penitencia, y otros dos o tres no; porque a algunos conviene hacer más penitencia, y a otros menos; y también porque muchas veces dejamos de hacer penitencia por el amor sensual y por juicio erróneo, que el sujeto humano no podrá tolerar sin notable enfermedad; y algunas veces, por el contrario, hacemos demasiado, pensando que al cuerpo pueda tolerar; y como Dios nuestro Señor en infinito conoce mejor nuestra natura, muchas veces en las tales mudanzas da a sentir a cada uno lo que le conviene.

[90] La cuarta nota: el examen particular se haga para quitar defectos y negli-

gencias sobre ejercicios y adiciones; y así en la segunda, tercera y cuarta semana.

El título que el libro de los Ejercicios pone al conjunto de orientaciones al fin de la Primera Semana es muy significativo: «Adiciones para mejor hacer los Ejercicios y para mejor hallar lo que desea» [73]. Se trata, pues, sólo de notas complementarias (adiciones), pero estas orientaciones son para una finalidad tan importante como es realizar mejor los ejercicios y «mejor hallar lo que desea» –según algunas versiones: «lo que se desea» o bien, «lo que deseo»–. Por tanto, *relativización e importancia* se conjugan en estas breves notas prácticas.

Las cinco primeras adiciones versan sobre la oración [73-77]: su preparación, el modo de practicarla, cómo recoger el fruto y cómo mejorarla en adelante. En cambio las cinco restantes se refieren a la totalidad del día de Ejercicios [78-89].

Una primera observación es que a través de este texto se trasluce la concepción ignaciana de los Ejercicios como una experiencia que se realiza durante todo el día. En efecto, desde que el ejercitante se levanta [74] está en estado de ejercicios y, al terminar el día [73], renueva una actitud que le dispone para acostarse con el espíritu despierto en sintonía con el momento de los Ejercicios que se está viviendo.

Otra observación es que Ignacio supone que el ejercitante, todo entero, se implica en la experiencia espiritual de los Ejercicios, para que sea una experiencia verdaderamente transformadora del sujeto. De aquí que ha de prestar atención a los aspectos corporales: posición del cuerpo, quietud o movimiento, palabra o si-

lencio, mirada; la atención a los aspectos más psicológicos: pensamientos, sentimiento, memoria, calma; también la relación con el cosmos: oscuridad o claridad, calor o frío... Y puesto que lo importante es «hallar lo que se desea» buscando la experiencia que trasciende lo corporal, lo psicológico y lo cósmico, siempre la experiencia del Espíritu. Por esto, todas las acciones humanas se detienen cuando «hallare lo que quiero» y aquí el punto final lo pone el Señor, porque el ejercitante se ha de reposar «sin tener ansia de pasar adelante hasta que me satisfaga» [76].

Un punto especialmente delicado es la décima adición: la penitencia [82-89]. Sólo unas breves notas para evitar malentendidos y para sacar provecho de lo que con ella se pretende. En primer lugar, hay que tener la plena convicción de que Dios no necesita de nuestro sufrimiento, no es un Moloc. En segundo lugar que nuestra existencia ya está marcada por la resurrección que es un «sí» a la vida y, por tanto, la penitencia no puede ser en ningún modo inhumana. En tercer lugar que hay aspectos de la penitencia que son simplemente humanos (pedagógicos, restauradores de algún desorden personal o social), pero otros que pueden tener un significado y utilidad en el ámbito de la vida de fe, como puede ser el ayuno o alguna privación de placer en orden a abrir el espíritu más allá de uno mismo. Desde esta perspectiva, lo que dice Ignacio sobre el fin de las penitencias externas puede ofrecer una justificación general de ella [87]:

– penitencia como restauración del daño infligido o del desorden moral personal;

– penitencia como unificación del sujeto, en la línea de la oración preparatoria de los Ejercicios, cf. [46];

– penitencia como disposición radical de fe y de descentramiento para centrarse en el Señor, a quien hay que amar con todo el corazón, toda la mente, todas las fuerzas, etc. De este modo la penitencia tiene una cierta relación con la *inútil* oración, como experiencia radicalmente teológica.

Debajo de las orientaciones ignacianas late una sabia y sencilla antropología espiritual que, obviamente, hay que adaptar en sus concreciones al momento actual, pero no prescindir de ella. Si bien la práctica repetida de los Ejercicios no exige siempre necesariamente la observancia de todas las orientaciones ignacianas, se corre el riesgo de descuidar aspectos importantes que disminuyen la fuerza de su mistagogía cuando no se siguen con toda fidelidad.

En las necesarias adaptaciones, puede ser muy útil el recurso a orientaciones provenientes de la gran sabiduría espiritual de otras tradiciones cristianas y de tradiciones exteriores al cristianismo. En esta línea de adaptación es mucho lo que ya se ha intentado y, con acierto, siempre que se integren en el dinamismo de los Ejercicios «para mejor hacer los Ejercicios y para mejor hallar lo que desea»⁵⁴.

Entre las notas con que se termina este apartado sobre las adiciones, es bueno destacar la tercera [89] y la cuarta [90]. La tercera viene a ser una glosa del título, es decir, recuerda que las adiciones se han de practicar en función de que la persona halle «lo que desea», en los Ejercicios, porque estén en función del fruto que se bus-

ca. De aquí que «la persona que se ejercita» muchas veces ha de «hacer mudanza» y no estancarse en una determinada manera de proceder. La cuarta pone de relieve la importancia de observar las adiciones convenientemente adaptadas, de modo que el «examen particular» diario

ha de versar sobre ellas, junto con los ejercicios de meditación o contemplación, en la primera semana «y así en la segunda, tercera y cuarta semana». No se puede decir más para subrayar la importancia de atender a la fidelidad a las adiciones tal como las hemos explicado.

2. ESCRÚPULOS Y MOCIONES

Ya se ha hecho mención de la posibilidad de que el ejercitante, en el proceso de toma de conciencia del pecado y de afinamiento de conciencia, se deslice hacia los escrúpulos. Por esto Ignacio propone unas breves notas al efecto [345-351]. Distingue claramente lo que es una conciencia errónea que hay que formar convenientemente de lo que es el escrúpulo. Éste es el pensamiento de haber cometido pecado que sobreviene después de una acción realizada sin ninguna advertencia de pecado ni voluntad de cometerlo. Aunque quizá pueda beneficiar este escrúpulo si no se prolonga mucho tiempo, es algo que hay que rechazar, porque el amor exige finura de espíritu y no tolera un alma «gruesa» [349], pero expulsa el temor. La persona que acompaña ha de ser testigo de la benignidad de Dios, sobre todo cuando la persona que se ejercita tiene el alma «delgada» [349].

La dura y prolongada experiencia de escrúpulos que Ignacio padeció en Manresa se halla, sin duda, en la base de estas breves notas, que seguramente el mismo santo completaría hoy con el consejo de

acudir a un psicólogo profesional. Los escrúpulos pertenecen más al campo de la psicología propiamente tal que al de la espiritualidad.

Con todo, dejando de lado los escrúpulos, que hay que evitar y superar, toda la actividad serena, pero intensa de esta Primera Semana será ocasión de que la persona que hace ejercicios experimente distintos sentimientos interiores (*mociones*), que hay que captar y clarificar. Por consiguiente son necesarias unas orientaciones (*reglas*) para realizar esta actividad continua de atención y clarificación (*discernimiento*). Ya se ve, pues, que, aunque las reglas se proponen en bloque al final de los Ejercicios [313-327], se han de ir explicando al ejercitante a medida que tiene necesidad de ellas. Esto es lo que ha de detectar la persona que da los ejercicios.

Para comprender la manera como hay que usar de ellas, Ignacio ofrece unas indicaciones elementales, pero básicas, en las Anotaciones. Esta es la sustancia de lo que hace referencia a la Primera Semana:

1) Si la persona que hace los ejercicios no siente *mociones*, conviene dilucidar si hace bien los ejercicios [6].

2) Tratar con suavidad e infundir confianza al ejercitante atribulado [7].

3) No explicar las reglas sino a medida que el ejercitante experimente, aun de modo inconsciente, la necesidad de ellas [8].

4) Las reglas de Primera Semana [313-327] responden a situaciones de personas que o bien tienen poca experiencia de la vida espiritual o bien padecen dificultades y tentaciones «groseras y manifiestas» [9].

El comentario detallado de estas reglas se hará en el lugar que corresponde en el orden del libro de los Ejercicios.

1. J. CALVERAS, *Ejercicios, Directorio y Documentos de S. Ignacio de Loyola. Glosa y vocabulario*, Barcelona, Balmes, 1958, 2ª edición, pgs. 658-664.
2. Cf. Karl RAHNER, *Le primat de l'amour. (A propos de la spiritualité ignatienne)*, en: *Mission et grâce III. Au service des hommes*, Paris, MAME, 1965, pgs. 261-301.
3. Cf. *Vocabulario de Ejercicios Ignacianos. Ensayo de hermenéutica ignaciana*, Roma, 1972, pg. 118, I, 2.
4. Palabras citadas por W. A. BARRY, *Dejar que el Creador se comunique con la criatura. Un enfoque de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola*, Bilbao, DDB, 1999, pg. 55. Para todo el enfoque del PF, pueden verse las páginas 55-65 de esta obra.
5. *El Medio Divino, III, 1*. Los atributos del medio divino.
6. I. IPARRAGUIRRE, a propósito de la 1ª anotación, sostiene que de lo que se trata en los Ejercicios es: «Conseguir 'la salud del alma en el grado mayor posible de perfección a cada uno'. Observemos que habla no de salvación sino de 'salud', que añade al concepto de 'salvación' la idea de posesión fácil, armónica de la vida, de un desarrollo normal de las funciones espirituales, junto con una ductilidad y agilidad en el uso. Los Ejercicios no se reducen a la 'salvación', sino que pretenden la salud, la perfección integral, 'el poder en todo amar y servir a su Divina Majestad'» (*Vocabulario de Ejercicios Espirituales. Ensayo de Hermenéutica Ignaciana*, Roma, Centrum Ignatianum Spiritualitatis, 1972, pg. 84). En otra parte, el mismo Iparraguirre comentaba así el "salvar su ánima" del PF: «Por los pasajes paralelos se ve que San Ignacio entiende no sólo la mera salvación del alma, sino su perfección, su salud espiritual» (*Obras Completas* de San Ignacio de Loyola, BAC, 2ª edición, pg. 203, nota 27). El antiguo texto acomodado de los Ejercicios de Helyar, habla de «salvarse a sí mismo» ("salvet seipsum": *Exercitia Spirituallia*, Nova Editio, Monumenta Ignatiana, Romae, 1969, pg. 429).
7. Raimon PANIKKAR, *La intuición cosmoteándrica*, Madrid, Trotta, 1999.
8. Karl RAHNER, *Le primat de l'amour*, pgs. 279-280.
9. *La afectividad en los Ejercicios según la teología de Francisco Suárez*, Granada, 1966, p. 31. Cf. Francisco SUÁREZ, S.J., *Los Ejercicios Espirituales de san Ignacio. Una defensa*, Introducción, notas y comentarios de Josep GIMÉNEZ MELIÀ, S.J., Bilbao-Santander, Sal Terrae (Colección Manresa, Mensajero), 2003, pg. 53, nota 66.
10. RAHNER, *Le primat...*, pg. 291
11. Comentario de San Bernardo a la Regla de San Benito, P.L. 183, 610d-611a.
12. Es fundamental el estudio ya clásico de Hugo RAHNER, *Zur Christologie der Exerziten*, Geist und Leben, 35 (1962), pgs. 14-38, 115-140, artículo reproducido en *Ignatius von Loyola als Mensch und Theologe*, Herder, Freiburg, 1964. Hay traducción castellana en: *Para entender mejor los Ejercicios de san Ignacio*; México D.F., 1972, Colección Renovación. Serie Adjunta, 2. Puede verse también: J. LOSADA, *Presencia de Cristo en el PyF*, en *Curso de aportaciones sobre el Principio y Fundamento*, Madrid, Secretariado de Ejercicios, 1980, pgs. 55-68.
13. *Directorio dictado al P. Vitoria*, n. 20; cf. n.1, en: *Los Directorios de Ejercicios 1540-1599*, traducción notas y estudio por Miguel LOP SEBASTIÀ S.J., Bilbao- Santander, Mensajero-Sal Terrae, 2000, pgs. 34 y 29.
14. W.A. BARRY, pgs. 15 y 16.

15. J. CALVERAS, *Qué fruto se ha de sacar de los Ejercicios espirituales de San Ignacio*, Barcelona, Balmes, 1950, pg. 163. Cf. E. ROYÓN, *El Principio y Fundamento: inicio y conclusión, Curso de aportaciones sobre el Principio y Fundamento*, Madrid, Secretariado de Ejercicios, 1980
16. Puede verse el modo como recomiendan la proposición del PF los directorios de inmediata inspiración ignaciana: *Directorio procedente de San Ignacio y Directorio dictado al P. Vitoria en: Los Directorios de Ejercicios*, pgs. 25-37.
17. Este redactado original es un interesante y provocativo intento de Enric Comas de Mendoza, S.J. de presentar un PF abierto a personas no creyentes, avalado por la experiencia.
18. *Los Directorios...*, pg. 33, n. 12. La cita bíblica está formada por la unión de los textos de Prov 23, 26 y Sal 80, 11. Cf. también, *Los Directorios...*, pg. 34, nº 20.
19. *Los Directorios...*, pg. 35, n. 21; cf. pg. 36, nº 21.
20. *Ibid.*
21. A. DEMOUSTIER, *Les Exercices Spirituels de S. Ignace de Loyola*, p. 64. Para todo este apartado, son interesantes los comentarios de este autor, en pgs. 64-77.
22. Cf. Carlos DOMÍNGUEZ, *Ordenación de la afectividad y mecanismos de defensa*, en: Carlos ALEMANY, José A. GARCÍA-MONJE (Eds.), *Psicología y Ejercicios Ignacianos* (vol. I), Bilbao-Santander, Mensajero-Sal Terrae, 1991, pgs. 109-140, sobre todo pgs. 118-122.
23. Cf. J. CALVERAS, *Los "Confesionales" y los Ejercicios de San Ignacio*, Archivum Historicum Societatis Iesu, 17 (1948), pgs. 51-101.
24. Cf. Cándido DE DALMASES, *Los Ejercicios dados según la anotación 18: Historia y método*, CIS, 10 (1980), n. 35, pgs. 11-21.
25. Cf. sobre este punto el detalladísimo artículo de Adolfo CHÉRCOLES, *Examen general de conciencia para limpiarse y para mejor se confesar [32]*, Manresa, 64 (1992), pgs. 353-378.
26. Pedro ARRUPÉ, *A la escucha del Espíritu*, en: *La identidad del jesuita en nuestros días*, Santander, Sal Terrae, 1981, p. 485. Véase: J. MELLONI, *La mistagogía de los Ejercicios*, p. 149-154. Para una aplicación práctica del examen general, cf.: G.A. Ashenbrenner, *Consciousness Examen*, Review for Religious 31 (1972), pgs. 14-21.
27. Hace años, Arturo Codina hacía notar que en Ejercicios el examen particular y el general coinciden, ya que el examen particular es sobre las adiciones que abarcan toda la extensión y actividad diaria de los Ejercicios Cf. *El examen particular en tiempo de Ejercicios ¿es examen general?*, Manresa, 13 (1940), pgs. 38-49.
28. Cf. *Autobiografía*, nº. 3 y 17.
29. Éste es el punto de vista de A. DEMOUSTIER, *Les Exercices...*, pgs. 83-84.
30. Esto es lo que propone a la anotación 18ª y, de forma más precisa, exponen las *Constituciones de la Compañía de Jesús* (nº. 649).
31. *Memorial del Beato Fabro*, nº. 9-13.
32. A este respecto, W. Peters, dice: «Ignacio es un hombre *compuesto*; es el resultado de una composición: un término que se usa con mucha frecuencia en los *Ej. Esp.*; cada ejercicio comienza con la acción de 'componerse'. Su resultado es el recogimiento, la armonía y el orden. La composición está en la esencia del mensaje de Ignacio y es el núcleo de su visión del Creador y de la creación» (*San Ignacio de Loyola, profeta*, en: *Concilium*, nº 37, 1968, pgs. 28-45. Cita en p. 44). De forma semejante se expresa Anthony DE MELLO, en *Sadhana. Un camino de oración*, Santander, Sal Terrae, [16]: *Un lugar para orar*.
33. El método de contemplación con los sentidos (tomado del *Libro de contemplación en Dios*) se practicaba en los círculos lulianos con los que San Ignacio pudo haber tenido contacto durante los dos años que estuvo en Barcelona.
34. K. RAHNER, *Meditaciones sobre los Ejercicios de San Ignacio*, Barcelona, Herder, 1986, pg. 45.
35. Es importante la palabra atenuante, dubitativa o hipotética, *forte*, que Polanco añade en las versiones latinas al referirse al caso de aquél que «por un pecado mortal es ido al infierno».
36. William A. M. PETERS, *The Spiritual Exercises of St. Ignatius. Exposition and Interpretation*, C.I.S., Roma, 1978, pgs. 60-61. Y, Peters, añade: «los tres pecados de esta meditación

- son en realidad de menor importancia; meditar sobre ellos no es más que un medio por el cual uno trata de llegar a una mejor composición de sí mismo como caído, pecador en relación a un Dios de infinita bondad».
37. Tomás DE AQUINO, *Contra Gentes*, III, 122.
 38. *Directorio dictado al P. Vitoria*, n. 26, en: *Los directorios de Ejercicios...*, pg. 36.
 39. Así debe entenderse en [18, 238, 244, 245, 314]. La expresión «para mejor conocer las faltas hechas en los pecados mortales» [245] elimina toda duda al respecto. Cf. J. Calveras, artículo citado en la nota 23.
 40. Aunque el término es actual, no es inapropiado hablar aquí de espiritualidad “cosmoteándrica” (Raimon Panikkar), si consideramos este n. 60 y la contemplación para alcanzar amor, junto con los textos que hacen referencia a la comunión con María y todos los santos (además de todas las contemplaciones de las semanas siguientes en las que el ejercitante entra en relación con tantas personas del evangelio).
 41. Carta de Ignacio a Francisco de Borja de fines de 1545 (*Obras completas de san Ignacio*, BAC, ed. 2ª, carta 26, pg. 665)
 42. Aquí tengo presente la bien conocida imagen del padre del hijo pródigo inmortalizada por Rembrandt. Y es bueno recordar que la presentación que hace Ignacio de la experiencia inmediata de Dios es la del abrazo con el que Dios se comunica al alma, «abrazándola en su amor y alabanza» [15].
 43. Ignacio podría inspirarse para este tipo de diálogo espiritual en las imágenes de algunos devocionarios de la época. En algunas de estas imágenes podía verse a María suplicante al pie de la cruz y a Jesús con su mirada intercesora dirigida al Padre. Cf. Pedro DE LETURIA, *Libros de Horas, Anima Christi y ejercicios espirituales de San Ignacio*, en: *Estudios Ignacianos, II. Estudios Espirituales*, Roma, Institutum Historicum S. I., Roma 1957, pgs. 99-148. Véase en particular, pgs. 131-133.
 44. Además, esta manera de orar en la que el ejercitante se relaciona con María, con Jesús, y en otras ocasiones con los santos, sin contar con las personas que intervendrán en las contemplaciones a partir de la segunda semana, introduce en un estilo de espiritualidad *poblada* y no *yermia*.
 45. Ésta es la acertada interpretación de Parmananda Divarkar al analizar el sentido de “conocimiento interno” en los Ejercicios Espirituales: «Cuando el ejercitante pide de todo corazón *interno conocimiento de mis pecados*, lo que está pidiendo es poder –ver su maldad en el contexto de su íntima relación con Dios en Cristo» (*La senda del conocimiento interno. Reflexiones sobre los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola*, Sal Terrae, Santander, 1984, pg. 34).
 46. Las tres gracias que se piden en estos coloquios responden de algún modo a la acción (pecado), a la afectividad (desorden de operaciones) y al ambiente de la persona (mundo). Es iluminadora la aproximación psicológica de Jordi Font, *Algunos aspectos psicológicos del “Tercer ejercicio”... haciendo tres coloquios”* (nn. 62-63), *Manresa* 55 (1983), pgs. 87-89.
 47. Para todo este proceso de los Ejercicios como transformación de la afectividad es fundamental la obra clásica de José CALVERAS, *Qué fruto se ha de sacar de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio*, Barcelona, Librería Religiosa, 1950, 2ª ed. Sobre el triple conocimiento y aborrecimiento que se pide en esta repetición, pueden verse las pgs. 177-180.
 48. «*Resumir*, término técnico de la retórica de aquel tiempo. Designa la manera de retomar, antes del fin de un discurso, el conjunto de la argumentación para preparar y dar fuerza a la conclusión: retomar resumiendo para concluir» (DEMOUSTIER, pg. 126). Este aspecto de “retomar para concluir”, despojado de todo intelectualismo, indica bien la pretensión de este ejercicio, como momento de concentración espiritual para reemprender el camino de la experiencia de primera semana.
 49. Para el enfoque de la meditación del infierno véase el profundo y detallado análisis de Giménez y para el conjunto de la primera semana puede leerse la honda reflexión de González Faus en: J.I. GONZÁLEZ FAUS, Josep GIMÉNEZ, *El mal y la misericordia. Aproximación a la Primera Semana de los Ejercicios*, Barcelona, Cristianisme i Justícia, EIDES, n° 52.

50. François MARTY, *Sentir et goûter. Les sens dans les «Exercices Spirituels» de saint Ignace*, Paris, Cerf, 2005, pgs. 78-79.
51. DEMOUSTIER, p. 134.
52. *Directorio dictado al P. Vitoria*, nº 19, en *Directorios...* pg. 34.
53. Me parece que estas palabras resumen bien el sentido profundamente teologal de esta primera semana, aunque no estén escritas a propósito de los Ejercicios: «Dios es ante todo Dios de ternura y, por serlo, es Dios de piedad, compasión y misericordia. Él mira en primer lugar a nuestro ser de hijos salido de sus entrañas y fruto de su amor; en segundo lugar se compadece de nuestra pobreza y tiene misericordia de nuestra debilidad; en tercer lugar nos ofrece perdón de nuestros pecados. Éste es el orden en que hay que pensar de Dios: ternura, misericordia y compasión, perdón» (Olegario González de Cardedal, *La entraña del Cristianismo*, Secretariado Trinitario, 1997, pgs. 47-48).
54. Tanto por lo que se refiere a las “adiciones” como a la manera de orar es muy recomendable la lectura de: Mariano BALLESTER, *Ejercicios y métodos orientales*, Roma, Centrum Ignatianum Spiritualitatis, 1985.